

Relatos y pixeles

Memorias de soldados detrás del uniforme

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Colección Derechos Humanos y DICA

Relatos y pixeles

Memorias de soldados detrás del uniforme



Relatos y pixeles

Memorias de soldados detrás del uniforme

WENDY VANESSA MÉNDEZ VELÁSQUEZ

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"
Escuela de Armas Combinadas del Ejército
Bogotá D.C., 2024

**Catalogación en la publicación – Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”
y Escuela de Armas Combinadas del Ejército**

Méndez Velásquez, Wendy Vanessa (autora)

Relatos y pixeles : memorias de soldados detrás del uniforme / Wendy Vanessa Méndez Velásquez. -- Bogotá : Editorial ESDEG, Escuela de Armas Combinadas del Ejército, 2024.

83 páginas : fotografías ; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo

ISBN impreso: 978-628-7602-65-6

E- ISBN: 978-628-7602-66-3

(Colección Derechos Humanos y DICA. Miles Doctus)

1.Colombia. Ejército Nacional -- Vida Militar 2.Vida Militar -- Colombia -- Siglo XXI 3.Soldados -- Hábitos y costumbres -- Colombia -- Siglo XXI i.Alonso Galindo, Jaime, Brigadier General (prefacio) ii.Prada Londoño, Manuel Alejandro, Coronel (prólogo) iii.Chinome Rojas, Yhoan Robert, Coronel (presentación) iv.Lucero Vallejo, Mauricio Alejandro, Coronel (introducción) v.Colombia. Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”(ESDEG) vi.Colombia. Escuela de Armas Combinadas del Ejército(ESACE)

U773M46 2024
355.10986123

Registro Catalográfico SIBFuP 991290916007231



Archivo descargable en formato MARC en: <http://tinyurl.com/esdeg991290916007231>

Relatos y pixeles: Memorias de soldados detrás del uniforme

Primera edición, 2024

Autora:

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

2024 Escuela Superior de Guerra

“General Rafael Reyes Prieto”

Vicedirección de Investigación

Sello Editorial ESDEG

Carrera 11 N°. 102-50 Bogotá D.C., Colombia

www.esdeglibros.edu.co

Cubierta:

Raquel Arianne Alvarado Candela con base en imágenes de Wendy Vanessa Méndez Velásquez

2024 Escuela de Armas

Combinadas del Ejército

Calle 103A No.7-86 Bogotá D.C., Colombia

www.esace.mil.co

Colección Derechos Humanos y DICA

ISBN impreso: 978-628-7602-65-6

ISBN digital: 978-628-7602-66-3

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663>

Libro electrónico publicado a través de la plataforma Open Monograph Press.

Tiraje de 100 ejemplares

Impreso en Colombia

Libro resultado de investigación de la Escuela de Armas Combinadas del Ejército (ESACE), publicado en coedición con la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”

El contenido de este libro corresponde exclusivamente al pensamiento de los autores y es de su absoluta responsabilidad. Las posturas y aseveraciones aquí presentadas son resultado de un ejercicio académico e investigativo que no representa necesariamente la posición oficial ni institucional de las instituciones participantes, la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”, La Escuela de Armas Combinadas del Ejército, las Fuerzas Militares de Colombia y el Ministerio de Defensa Nacional.



Los libros publicados por el Sello Editorial ESDEG son de acceso abierto bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



Brigadier General
Jaime Alonso Galindo
DIRECTOR

Contralmirante
Omar Yesid Moreno Oliveros
SUBDIRECTOR

Coronel
Oscar Otoniel Torres Conde
VICEDIRECTOR ACADÉMICO

Coronel
Verónica Pedraza Martínez
VICEDIRECTORA ADMINISTRATIVA

Coronel
Andrés Eduardo Fernández Osorio
VICEDIRECTOR DE INVESTIGACIÓN

Capitán de Navío
Edwin Andrés Alonso Toloza
VICEDIRECTOR DE PROYECCIÓN INSTITUCIONAL



Coronel
Andrés Eduardo Fernández Osorio
JEFE SELLO EDITORIAL ESDEG

Teniente Coronel (R)
Carlos Alberto Ardila Castro
COORDINADOR SELLO EDITORIAL ESDEG

Erika Paola Ramírez Benítez
EDITORA LIBROS ESDEG

Gustavo Patiño Díaz
CORRECTOR DE ESTILO

Raquel Arianne Alvarado Candela
DIAGRAMADORA

Contenido

Prefacio BG. Jaime Alonso Galindo	09-10
Prólogo Manuel Alejandro Prada Londoño	11-16
Presentación CR. Yhoaan Robert Chinome Rojas	17-18
Introducción CR. Mauricio Alejandro Lucero Vallejo	19-20
Capítulo 1 Escribir es tallar el alma Wendy Vanessa Méndez Velásquez	21-36
Capítulo 2 Relatos La Guajira: 1. Fidelo, el pollo patrullero 2. El barbero Rosado 3. Corazón de acero 4. Aguilar, el soldado wayúu: de la ranchería al servicio militar 5. La profecía de las polillas	37-64
Capítulo 3 Relatos Amazonas: 1. La boa negra, el duende y el muchacho encantado 2. Llevamos la misma sangre 3. "Quise prestar el servicio militar en el país que me vio nacer" 4. En Macedonia la vida tiene mayor intensidad 5. Lo que aprendí con Canserbero	65-88

Epílogo	89-90
Wendy Vanessa Méndez Velásquez	

Glosario	91-93
-----------------	-------

Prefacio

Brigadier General Jaime Alonso Galindo

Director Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Aproximarnos y aproximar a otros a las realidades del soldado resultan ser tareas importantes para el momento actual del país y, específicamente, el del Ejército Nacional, entendiendo que, desde ellos, desde su formación, su capacitación constante y su entrenamiento, se lleva a cabo la misionalidad que nos fue encomendada con la seguridad y defensa del país.

En ese sentido, existen muchas experiencias que acompañan la cotidianidad del soldado en los territorios y las diferentes áreas del país en las que patrullan y están inmersos. Los libros, entonces, aportan la posibilidad de dejar consignado un momento de la historia, un presente individual y colectivo que, en años posteriores, podrá servir como antecedente o como un acercamiento a esos lugares, esas historias y ese conocimiento.

La divulgación científica e investigativa propicia una posibilidad para seguir construyendo nuevo conocimiento y para el fortalecimiento de la comunidad académica. En ese sentido, la Escuela de Guerra "General Rafael Reyes Prieto" (ESDEG), al entender la importancia de seguir consolidando los procesos investigativos de las Fuerzas Militares (FF. MM.), contribuye con espacios que permitan divulgar y compartir conocimiento.

Es por ello por lo que las historias de los protagonistas de este libro no solo muestran las experiencias de los soldados regulares y profesionales, sino que también permiten conocer sobre la vocación de jóvenes colombianos que desde diferentes regiones contribuyen a la construcción de país. Las historias aquí consignadas permiten revivir las memorias de lo que hay "detrás del uniforme" y de quienes día tras día entregan su vida por el bien de su patria y por un mejor futuro para las generaciones venideras.

Prólogo

Manuel Alejandro Prada Londoño

Escuela de Armas Combinadas del Ejército

Porque una narración –cualquier narración– es algo que siempre derrota el vacío, que crea un vínculo o sostiene el que todavía existe (Bonnett, 2021, p. 22).

Sabemos del rol central que tiene la narración en la existencia humana, no solo por la literatura especializada de las ciencias sociales y las humanidades, sino porque es innegable que nuestra vida está tejida de relatos. Así, nos recuerda Arendt (1998) que cuando uno se pregunta: “¿quién soy yo?” –y por supuesto, cuando alguien nos lanza ese mismo interrogante–, la respuesta que damos adquiere la forma de un relato. Este es múltiple, juega con diversas líneas temporales, involucra una variedad de personajes y se fragua con la riqueza de las experiencias ganadas.

Podemos decir también que las relaciones sociales, desde las más cercanas –por ejemplo, en el seno de la familia o en los grupos de amigos– hasta las de mayor envergadura –pensemos en las identidades nacionales–, pasando por las pequeñas comunidades políticas o religiosas, están configuradas narrativamente. De este modo, cuando queremos comprendernos como miembros de una comunidad o pretendemos dar cuenta ante otros de quiénes somos, cómo queremos ser identificados o qué lugar esperamos ocupar en el mundo social, desplegamos un relato, contamos una historia.

Asimismo, tal como se lee en el epígrafe, cuando nos pasa algo que marca nuestra vida (nacimientos o muertes, cambios de fortuna, situaciones extremas), o cuando queremos entender un galimatías de emociones, sentimientos y nudos que se atascan en nuestro cuerpo ante la incertidumbre, el sinsentido o la tristeza, o cuando queremos reforzar un vínculo, reivindicar un proyecto común o recordar el interés en seguir o no junto a alguien, una de las primeras acciones

que ponemos en obra es la de narrarnos ante nosotros mismos o ante los más cercanos.

En este mismo orden de ideas, cabe recordar —de la mano con Ricœur (2009) y Schapp (1992)— que nuestra vida está siempre “enredada en historias”: primero, las de la familia en la que crecemos y las de nuestra comunidad de origen; luego, las que vamos configurando entrecruzadas con las historias de nuestros vecinos, nuestros amigos de infancia y los primeros amores. Continuamos haciendo una narración cada vez más compleja de nuestra vida, en la que unos relatos van perdiéndose en las brumas del olvido para dar paso a otros. Unos personajes van cediendo el lugar a otros nuevos y la comprensión que logramos de nuestros proyectos, ilusiones y dolores está coloreada con tramas compartidas.

Este libro, justamente, hace resonar las consideraciones anteriores sobre la centralidad de la narración en la vida de los soldados coautores de los diez relatos que se hallan más adelante. Los lectores verán en cada uno de esos textos las herencias recibidas por sus protagonistas, vueltas a contar esta vez a la luz de las experiencias propias en el Ejército; podrán establecer los cruces entre las historias de sus lugares de origen y las nuevas vivencias en las que ilusiones viejas y recientes, dolores antiguos y otros que surgen en el paso de los días, fueron forjando sus vidas. A ese respecto, no sobra recomendar que quien se aventure en estas páginas lea el primer capítulo, en el que Vanessa Méndez, su autora, explica cómo construyó la información mediante extensas jornadas de diálogo, observación y trabajo creativo; también allí se expone el modo como ella, a partir de las historias confiadas a su oído, tejió los relatos que fueron aprobados posteriormente, en su forma y contenido, por sus propios protagonistas.

Permítaseme un breve rodeo a propósito de este último punto. La llamada “ética de la investigación” no solo es un requisito formal que se reduce, en no pocas ocasiones, a un par de párrafos en los proyectos de investigación y a diligenciar un documento llamado “consentimiento informado”, sino que concierne a una inquietud auténtica por evitar cualquier tipo de uso de las personas como “objetos”, sin nombre, sin participación ni injerencia, que nunca se enteran de qué pasa con sus aportes a las publicaciones que engrosan los currículos de los expertos. Ciertamente, el trabajo de Vanessa tiene el aval de consentimientos informados, pero va mucho más allá de un formalismo: doy fe de que en la presente investigación la apuesta central de la autora fue la del *reconocimiento* del lugar de los soldados, no como meros “informantes”, sino como auténticos narradores y, a la vez, primeros lectores de sus propios relatos.

Considero pertinente señalar también que las veces que la autora y yo nos encontramos para hablar de la investigación que dio origen a este volumen, lo que se abrió en la conversación no fue solamente un discurso argumentativo – necesario, sin duda, en las lides académicas– sobre los nudos problemáticos, la metodología usada, los vericuetos propios de sistematizar la información construida en el trabajo de campo y los procesos posteriores de escritura, sino, especialmente, un conjunto de relatos: los de los soldados que compartieron su voz, sus sentidos, su lectura del mundo y sus proyectos. En principio, estas voces tenían la forma de ideas sueltas, fragmentarias, incompletas, y fueron ganando su textura en el transcurso de los meses; también, en casi todas las conversaciones, aparecieron de manera vívida los relatos de Vanessa sobre la experiencia en el territorio y las miradas de sus compañeros de viaje (los soldados con quienes compartió, pero también, otras personas que participaron en su periplo), así como respecto a las preguntas atravesadas en la garganta que emergían del habitar mismo en escenarios como aquellos donde se desarrolló la investigación. Si bien el libro, evidentemente, no muestra lo que acabo de expresar, en cada una de sus líneas palpita la impresión, el sello que dejaron las historias de los soldados en la pluma de Vanessa, y que cambiaron su lectura de la realidad (por ejemplo, del Ejército, así como de los territorios y de las comunidades indígenas y rurales que ella visitó) y su postura como investigadora novel.

Para terminar estas palabras, quiero referirme al trabajo de lectura. Siempre que se publica un libro o un artículo se ignora, en alguna medida, quiénes serán los lectores, así se tenga a la vista un determinado público objetivo. En el caso de este libro, el primer público serán los miembros del Ejército Nacional de Colombia y, por contera, de las Fuerzas Armadas (FF. AA.); quizás, esta publicación también sea acogida entre quienes estudian asuntos referidos al ámbito castrense, de manera particular, para comprender la experiencia de quienes están –como dice Vanessa– “detrás del uniforme”, así como entre los interesados en aproximarse a profundizar en la vida militar de soldados profesionales o que hacen su servicio militar, de manera concreta, en un par de departamentos del país aún muy desconocidos: La Guajira y Amazonas. Por último, no menos importante, el presente libro puede ser materia de estudio para aquellos interesados en metodologías narrativas y en formas de aproximarse a las subjetividades como las que utilizó la autora en su trabajo de campo, y que se explicarán en el capítulo que precede a los diez relatos.

Agradezco a Vanessa haberme convidado a hacer parte de esta aventura, así como a la profesora Luz Adriana, por propiciar el encuentro. Debo decir que mi colaboración en este libro fue, más bien, la de un primer lector que sugirió algunas ideas, llamó la atención sobre determinados pasajes que podrían ajustarse o ampliarse, proporcionó pistas sobre el trabajo narrativo y, sobre todo, acompañó el ejercicio de escritura de su autora. Sin embargo, en mi condición de lector bastante alejado de la comprensión profunda y sistemática del Ejército como institución y de la vida militar, este libro me ha permitido, precisamente, ver *de otro modo* estas dos realidades en las voces de algunos de sus protagonistas. Creo que, a fin de cuentas, un libro ha de permitirle a uno esa experiencia de ver de otro modo, de verse a uno mismo con un lente distinto y de esforzarse por entender el mundo desde una orilla diferente de la propia. “Ver de otro modo” es también lo que propicia la lectura de los relatos, que no están clausurados, no son definitivos, ni pretenden serlo ni están exentos de discusiones necesarias en el contexto actual de nuestra vida nacional. En concordancia con lo anterior, en el mundo del texto que se ofrece hoy en *Relatos y píxeles* habrá que evitar la tentación del “todo el mundo sabe”, que critica de forma mordaz el autor estadounidense Philip Roth:

Todo el mundo sabe... ¿Cómo saber lo que sucede tal como sucede? ¿Lo que subyace en la anarquía de la sucesión de acontecimientos, las incertidumbres, los contratiempos, la desunión, las espantosas y regularidades que definen los asuntos humanos? [...] ‘Todo el mundo sabe’ es la invocación del cliché y el comienzo de la trivialización de la experiencia, y lo que resulta tan insufrible es la solemnidad y la sensación de autoridad que tiene la gente al expresarlo. Lo que sabemos es que, si hacemos abstracción de los clichés, nadie sabe nada. No sabes realmente las cosas que sabes. ¿Intención? ¿Motivo? ¿Consecuencia? ¿Significado? Todo lo que no sabemos es asombroso e incluso lo es más aquello que pasa por saber (Roth, 2008, pp. 254-255).

Ningún relato, por más fiable que pretenda ser, puede abarcar toda la experiencia humana. Los relatos siempre tienen zonas grises, vacíos y silencios más o menos deliberados. De ahí que el trabajo de lectura siempre se enfrenta al propio límite tanto de la parcialidad del entendimiento como del hecho mismo de que los relatos son recortes de la realidad, abiertos a interpretaciones individuales y colectivas, también debatibles. Estoy convencido, porque lo vi nacer y concebirse, de que este libro no pretende engrosar el mundo de los clichés

del “todo el mundo sabe”, ni se propuso trivializar experiencia alguna. Es, pues, un trabajo de los lectores que ese impulso que le dio origen a este volumen se mantenga vigente y entre en diálogo con otras investigaciones, con otros tonos y otras perspectivas teóricas y metodológicas, dispuestas a la difícil tarea de *pensar para comprender*.

Referencias

Arendt, H. (1998). *The human condition* (2a ed.). University of Chicago.

Bonnett, P. (2021). *Qué hacer con estos pedazos*. Alfaguara.

Ricœur, P. (2009). La vida: Un relato en busca de narrador. En R. Ferrara (Trad.), *Educación y política: De la historia personal a la comunión de libertades* (pp. 43-55). Prometeo, Universidad Católica Argentina.

Roth, P. (2008). *La mancha humana* (J. Fibla, Trad.). DeBolsillo.

Schapp, W. (1992). *Empêtrés dans des histoires. L'être de l'homme et de la chose* (J. Greisch, Trad.). CERF.

Presentación

Coronel Yhoaan Robert Chinome Rojas

Director Escuela de Armas Combinadas del Ejército

Es inevitable no sentir un estrecho vínculo entre las historias que se relatan en este libro y la realidad que hemos vivido todos los soldados del país. Pues bien, las diez historias que aquí se relatan permiten hacer un recorrido, no solo por las vivencias de los jóvenes que se vinculan al Ejército Nacional, sino por los territorios, las comunidades, la memoria y el recuerdo de quienes hemos apostado por la defensa de la patria.

En ese sentido, poder relatar al soldado desde su humanidad permite un acercamiento a su cotidianidad y a cada una de sus experiencias como individuo que piensa, siente y convive con otros en distintos territorios del país; cada uno, con sus características específicas. Entonces, la posibilidad de comunicar esto nos recuerda a todos lo valientes y vulnerables que podemos llegar a ser, pese a portar el camuflado y decidir dar la vida por nuestra patria. Relatos como estos nos humanizan, nos brindan el espacio y nos abren la posibilidad de comunicar tantas experiencias que no hemos contado antes.

Para el Ejército Nacional y para la Escuela de Armas Combinadas del Ejército (ESACE), como institución líder de esta iniciativa, es grato presentarles a los lectores un libro que va más allá de llenar páginas en blanco, para convertirse en testigo de la memoria y del recuerdo. Cada relato y cada protagonista configuran nuevos sentidos de lo que significa ser militar, lo que significa ser hombres que van a la guerra.

Este libro, entonces, supone una aproximación a conocer ese diario vivir del soldado, con experiencias reales que nos conectan a todos, y que, con seguridad, permitirán al lector sacar sus propias conclusiones y aciertos o, tal vez, modificar posturas radicales y erradas con las que en ocasiones hemos sido definidos.

Esperamos que este libro dé lugar a conversaciones, diálogos e iniciativas futuras, donde las experiencias de nuestros hombres y mujeres contribuyan a

Relatos y píxeles:

Memorias de soldados detrás del uniforme

la construcción de memoria histórica y colectiva y nos permitan contar con un espacio de visibilización más allá de lo operativo, desde lo humano.

Sean bienvenidos a un recorrido por La Guajira y Amazonas a través de un ejercicio de memorias.

Introducción

Coronel Mauricio Alejandro Lucero Vallejo

Comandante Primera Brigada del Ejército Nacional (Boyacá)

Durante más de 200 años se ha escrito la historia del país con tinta indeleble, trazada por las manos de quienes, desde las distintas regiones del país, han aportado con sus culturas y tradiciones al sueño de libertad, como un escenario en el que el soldado colombiano tiene un papel protagónico, pues a través de él se soporta la historia y se construye el futuro.

Entre los ejércitos del mundo, el soldado colombiano se destaca por su entrenamiento, profesionalismo, honor y valentía; no en vano, el Ejército de Colombia ha sido digno ganador de las pruebas comando cuando mide sus fuerzas con hombres de armas de otros países. Jóvenes provenientes de distintas regiones que, con su equipo y fusil a cuestas, son la representación del Estado en los territorios; incluso, en los más inhóspitos y alejados.

Entre tanto, detrás del camuflado existen hombres que tienen historias y experiencias por contar. Historias no solo de la fatiga que produce la guerra, sino aquellas que develan sus sentires, su servicio a los demás, sus sueños, limitaciones y experiencias que han vivido en cada rincón de la patria. Por eso, hoy son ellos los protagonistas de este libro: soldados que en territorios como La Guajira y Amazonas han entregado sus vidas al servicio del suelo sagrado que los vio nacer, herencia de sus ancestros y mayores.

Con seguridad, podemos afirmar que, desde cada punto cardinal por donde el viento sopla, hay un soldado que construye sus memorias detrás del uniforme; voces que no solamente proclaman libertad al unísono, sino las que entre la neblina de los fríos amaneceres o el ocaso del sol brillan como luz que narra paisajes y la historia de un país, tal como se evidencia en cada uno de los relatos del presente libro. Soldados que, tras la rudeza del entrenamiento militar, se atrevieron a compartir su intimidad y sus historias de vida.

Por tanto, hoy me complace darles la bienvenida a los lectores de este libro que compila la esencia del soldado colombiano, y el cual, a través de sus tres capítulos y diez relatos, deja entrever la grandeza del soldado como verdadero pilar del Ejército en su defensa de la patria.

Aquí el lector podrá adentrarse en cada historia y conocer la verdadera "piel" del soldado como una iniciativa que permitirá seguir construyendo historia y dar paso a nuevas posibilidades, en las que la voz del soldado sea un punto de partida. Bienvenidos todos.

Capítulo 1

Escribir es tallar el alma*

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663.01>

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Escuela de Armas Combinadas del Ejército

Resumen: El presente capítulo es un recorrido por la metodología empleada para el desarrollo de la investigación y la recopilación de historias y experiencias de algunos soldados regulares y profesionales del Ejército Nacional que permitieron la construcción del presente libro. De este modo, el enfoque cualitativo no solo fue idóneo para la aplicación de los instrumentos (cartografía corporal, entrevista semiestructurada, historias de vida y métodos biográficos), sino que, además, permitió obtener una visión general y particular de las concepciones y configuraciones de sus protagonistas. Entre tanto, se desarrolla una serie de postulados importantes desde lo metodológico, pero, sobre todo, desde lo experiencial del trabajo de campo, en los territorios de La Guajira y Amazonas, y desde la apuesta por indagar en la subjetividad de los soldados detrás del uniforme. Se evidencian, también, las articulaciones de las realidades vividas en el territorio, como los procesos de gestación que van ocurriendo de modo más bien relacional y a través de la articulación con el lenguaje, donde los lugares de enunciación y la escritura fueron protagónicos.

Palabras clave: narración; subjetividad; trabajo de campo; metodología; soldados; escritura.

* Capítulo de libro resultado del proyecto de investigación *Análisis de la subjetividad del soldado regular y profesional del Ejército Nacional de Colombia a través de las narrativas y construcciones del yo*, del Grupo de Investigación para la Capacitación Militar (GICAM), de la Escuela de Armas Combinadas del Ejército (ESACE), y registrado con el código COL0160714. Los puntos de vista y los resultados de este capítulo pertenecen a la autora, y no necesariamente reflejan los de las instituciones participantes.

Relatos y píxeles:

Memorias de soldados detrás del uniforme

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Periodista, Fundación Universidad Panamericana, Colombia. Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Magíster en Escritura Creativa, Instituto Caro y Cuervo, Colombia. Investigadora y docente, Escuela de Armas Combinadas del Ejército y Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD). Experiencia en investigación narrativa y en proyectos de escritura comunitaria.

<https://orcid.org/0000-0002-1365-7373> - Contacto: wendy.mendez@cedoc.edu.co

Citación APA: : Méndez Velásquez, W. V. (2024). Escribir es tallar el alma. *Relatos y píxeles. Memorias de soldados detrás del uniforme*. (pp. 21-36). Sello Editorial ESDEG. <https://doi.org/10.25062/9786287602663.01>

RELATOS Y PÍXELES:

MEMORIAS DE SOLDADOS DETRÁS DEL UNIFORME

ISBN impreso: 978-628-7602-65-6

ISBN digital: 978-628-7602-66-3

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663>

Colección Derechos Humanos y DICA

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2024



Los relatos de este libro son el resultado del recuerdo y la memoria a través de narrativas y construcciones del yo que forjaron un tejido grueso de historias en movimiento y visibilizaron la subjetividad del soldado regular y profesional del Ejército Nacional y lo que lo habita tras el pixelado.

La idea de la construcción de este libro *Relatos y pixeles* surge como resultado de una estrecha relación con las líneas de la escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich, en su idea de “ser oreja humana” (2013), narrar la historia de las emociones y contar la vida de los hombres y mujeres que van a la guerra. Se trata, entonces, de la aproximación a este ejercicio con los soldados regulares y profesionales del Ejército Nacional de Colombia, ya que existen múltiples espacios en los que el soldado es invisibilizado, y no son muchas las memorias que documenten (en sus voces propias) las experiencias que albergan en su contacto con el territorio y su vida militar; específicamente, en los territorios de La Guajira y Amazonas, lugares que permitieron capturar, además, la mirada de los soldados indígenas que se enfilan y deciden dejar sus comunidades para portar el pixelado.

El nombre *Relatos y pixeles* surge de la relación que tiene el pixelado, o camuflado militar, con la seguridad de los soldados en el área: que no sean vistos, se camuflen y pasen desapercibidos. La idea de la invisibilidad y el mimetismo en los patrones de camuflaje no se basa en que se logre la desaparición de las personas o de los objetos, sino en la posibilidad de cubrirlos con un material que le impida al ojo del observador detectar su presencia (Superintendencia de Industria y Comercio, 2021). Entonces, esta relación toma un sentido distinto al combinarla con las letras, toda vez que el relato los visibiliza, los hace protagonistas y los descubre en un espacio seguro: el tejido de palabras. El binomio entre relatos y pixeles logra hacer una reconstrucción discursiva —y también simbólica— que engloba toda la composición textual que aquí se plasma y permite ubicar al lector en esa relación estrecha que tiene el pixelado para los protagonistas y su forma de leer el mundo.

Entre tanto, en la revisión documental y de antecedentes se encontraron libros e investigaciones que se aproximan a las voces de militares —en su mayoría, oficiales y suboficiales—, pero que, generalmente, van acompañadas del análisis por parte de los investigadores o autores, y en ocasiones no dan espacio, en esencia, al relato como elemento protagónico. Contrario a ello, las voces que aquí se presentan, las de soldados regulares y profesionales, son las que direccionan la temática; sus recuerdos son los que llevan de la mano al lector.

Los hombres que van a la guerra han sido foco de opiniones y posturas distintas que, de una u otra forma, configuran imaginarios colectivos. No obstante, más allá de pretender justificar o condenar las acciones de los hombres uniformados en el país, este libro pretende relatar las experiencias que viven y conviven con el territorio, pero, además, darle espacio al significado de sus cicatrices, heridas o añoranzas y dimensionar sus cuerpos atravesados por la realidad del país.

Entre tanto, en este ejercicio de indagación por el recuerdo y la memoria como recurso valioso para ampliar el significado del pasado y ahondar en las subjetividades de los protagonistas, la escritura fue un recurso esencial de la investigación, y no solo la manera formal de presentar el resultado: materializar el recuerdo y la memoria mediante el acto de narrar nuestra propia historia aproxima al entendimiento y el hacer sentido de la experiencia (Blanco, 2011).

Figura 1. Trabajo de campo con soldados regulares, del Batallón de Infantería Mecanizada N.º 6, Cartagena, La Guajira.



Nota: La fotografía fue tomada durante el ejercicio de memoria con su pasado, pensarse en su presente y visionarse en el futuro.

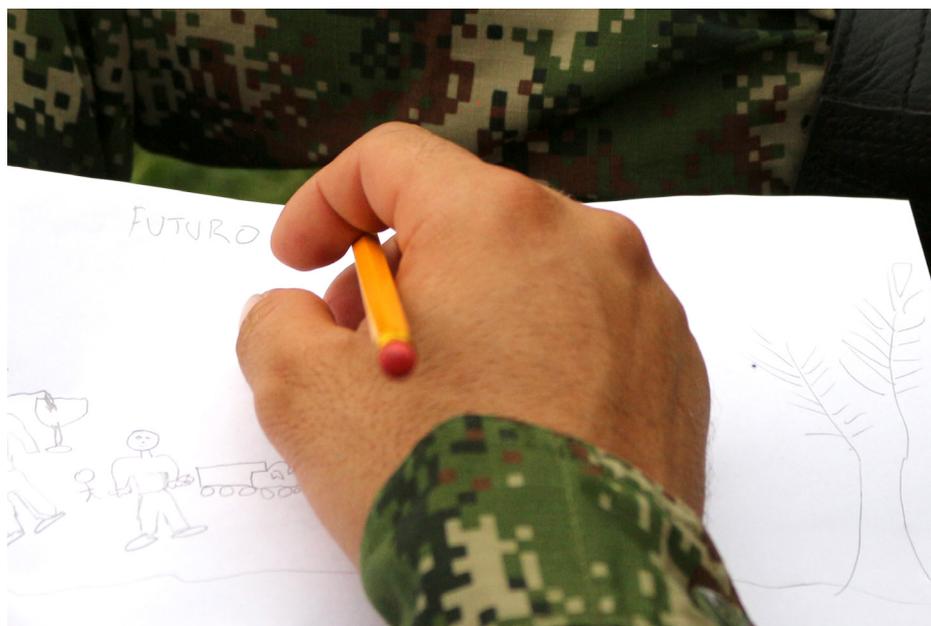
El trabajo de campo tuvo lugar en algunos batallones de La Guajira y Amazonas, donde se hizo la aplicación de los instrumentos y se logró la cercanía a insumos potenciales, que más tarde permitieron construir los resultados de la investigación. Este recorrido propició el acercamiento a los soldados y a sus historias.

Nuestro tesoro preciado fue una caja de cartón, en la que almacenamos: pliegos de papel periódico doblados estratégicamente; vinilos color azul, amarillo, verde, rojo y negro; lápices, tajalápices, hojas en blanco, rollos grandes de cinta transparente, crayolas y plastilinas. También, una cámara, el trípode y una pequeña grabadora. Esta caja, tras el trabajo de campo, fue custodiada por nosotros como si se tratara de una encomienda sagrada; no la perdíamos de vista.

Visitamos el Grupo de Caballería Mecanizado N.º 2 “Coronel Juan José Rondón” y el Batallón de Infantería Mecanizada N.º 6 Cartagena, ubicados en La Guajira, y en Amazonas, el Batallón de Infantería de Selva N.º 50, y compartimos con soldados de diferentes compañías. Llevamos a cabo ejercicios que giraban en torno a dibujos de sus vidas en el pasado, el presente y la proyección de sus futuros, que luego convertían en texto y socializaban entre todos; también, sobre el personaje que admiraban y un diccionario de palabras inventadas, entre otros. En cada sesión trabajamos, además, ejercicios de escritura espontánea, los cuales permitían que, poco a poco, se aproximaran a la composición de sus historias y sus experiencias. Inicialmente, se acercaban con recelo a los ejercicios, pero, como si se tratara de una fotosíntesis, poco a poco iban haciendo a un lado las barreras emocionales que solemos poner los seres humanos para no mostrarnos vulnerables, y empezaron a develar su interior, a compartir sus recuerdos, y así crecían las alas, se asomaban los colores y luego volaban las letras.

Figura 2. Trabajo de campo realizado en La Guajira.





Nota: Soldados dibujan su futuro durante el trabajo de campo realizado en el territorio (2022).

Los ejercicios realizados en los batallones fueron la excusa para que la magia ocurriera. Es magia porque el espacio que se pensó para cada actividad del laboratorio creativo —escritura, dibujo, mapas corporales, o corpografías, y las posteriores entrevistas y sesiones, trabajadas de manera personalizada con ellos— desencadenó complicidad e imágenes potenciales del recuerdo, en los soldados de 18 años, pero también, en los de 20, 25 y los de 35, quienes durante esa semana quisieron cambiar sus botas por pinturas, y sus guerreras, por el papel que abrazaba sus cuerpos.

Los instrumentos pensados para la recolección de datos de la investigación narrativa estuvieron orientados a reconocer la subjetividad de los soldados. A través de la metodología del diálogo, el trabajo de campo tuvo espacios en los que se logró una significativa interacción con los soldados, lo cual permitió gestar la relación entre sus experiencias a través de las muchas posibilidades del lenguaje, comprendiendo que

En la conversación, en las retóricas de la conversación ordinaria el entrelazamiento de las posiciones de los hablantes insta un tejido oral sin propietarios individuales. Conversar es parte de la vida cotidiana de todos nosotros. Conversamos cotidianamente de múltiples maneras: conversaciones

que siguen un hilo de conversación, otras que no lo siguen, interesantes o sin interés alguno; complicadas, provocativas, emotivas, alegres, tristes. Conversaciones largas, conversaciones cortas. Conversamos... versamos con el otro. (Sanchez et al., 2022, p. 9)

Además del diálogo y la conversación, se llevó a cabo un laboratorio creativo, en el cual se realizaron —además de los ya mencionados— ejercicios prácticos de escritura espontánea, combinados con el dibujo y la palabra hablada. Allí se buscó propiciar espacios de sensibilización abordando temas como los sueños, la naturaleza, los recuerdos, la familia, la muerte, y otros tantos que iban saliendo durante cada ejercicio.

Los chivos, el molino, niños jugando, el mar, la arena y la mirada tierna y amorosa de sus madres aparecían de tanto en tanto para invadir el espacio. Todos modelaban su escritura, borraban y volvían a empezar. Pintaban y combinaban los colores y texturas. Todo lo que iba saliendo de sus manos iba tallando sus almas.

Y es que escribir es como tallar el alma, porque en esta indagación no solo se le dio forma a la palabra, sino que la palabra en sí iba tallando las almas de los protagonistas. Formas, caminos, senderos que fueron mejor explorados, pedazos y espacios vacíos que empezaron a tener forma, así como con la madera, eliminando picos y lijando desniveles hasta llegar a la mejor versión. Escribir es tallar el alma, porque es prolongar nuestra existencia a través del papel, es dejar constancia de la memoria y de la vida misma.

Figura 3. Soldados wayúu dibujando sus territorios y sus rancherías.





Nota: Trabajo de campo realizado en La Guajira (2022).

Figura 4. Soldados tikuna dibujando su territorio.





Nota: Trabajo de campo realizado en Amazonas (2022).

Durante el trabajo de campo, también se llevaron a cabo *cartografías corporales*, un instrumento que propició la posibilidad de narrar el cuerpo y emprender

un viaje interno, cuyo elemento pilar fue la memoria. Aquí el cuerpo fue reconocido como territorio, las experiencias subjetivas dimensionaron y resignificaron el ser a través de convenciones como: violencia (plasmada en color negro); dolor (en color rojo); esperanza (en color azul) y naturaleza (en color verde). Es importante mencionar que la alusión a la naturaleza que aquí se hace se vincula con los ríos, la flora, la fauna y toda la biodiversidad y el medio ambiente natural de los territorios.

A través de las cartografías corporales, los soldados lograron trazos en movimiento y diseños con pintura en sus cuerpos reproduciendo otros cuerpos que luego eran compartidos en un círculo en el que todos escuchábamos las experiencias, vivencias, incomodidades o dolores. Cada cartografía ocupaba un lugar en el piso, pero juntas formaban otro universo... En un instante, el mundo había cambiado.

Las convenciones permitieron identificar en qué parte de sus cuerpos sentían el dolor, la violencia, la esperanza y su relación con el entorno. Algunos escribían la descripción de lo que iban marcando con la pintura, otros lo contaban en voz baja, sin querer llamar mucho la atención, y otros, con voz entrecortada, rememoraban las situaciones que llevan talladas en sus cuerpos. Se evidenció cómo lo que no habían dicho con palabras o con dibujos lo dijeron a través del reconocimiento de sus cuerpos.

Allí, entonces, renacía la memoria y se daba paso a contar lo que no salió con las palabras: en algunos casos, por timidez, desconfianza o un carácter más bien silencioso; en otros, por no saber hablar español, como algunos soldados wayúu, indígenas que dejaron sus rancherías y su lengua para no volver a estar descalzos, usar botas militares y atesarlas con fuerza. Sus pies cansados y sus manos inquietas se movían y expandían por el papel; "No escribo solo con la mano: el pie siempre quiere escribir también. Firme, libre y valiente corre ya por el campo, ya por el papel" (Nietzsche, citado por Le Bretón, 2000, p. 35).

A su vez, se llevaron a cabo entrevistas semiestructuradas, las cuales permitieron hacer de manera más explícita lo implícito del entrevistado. Muchas de las preguntas fueron propuestas inicialmente para la indagación en territorio, pero otras fueron surgiendo como resultado de las cartografías corporales, la observación participante, los dibujos y los escritos producidos por los soldados.

Lo que siguió después de esto fue proseguir con un ejercicio de observación fuera del laboratorio creativo, en diferentes lugares, como el *ranchito* (lugar donde los soldados reciben el alimento), comer con ellos, visitar sus *escuadras* (habitaciones), fotografiarlos y conversar con ellos.

Figura 5. Cartografías corporales realizadas por los soldados regulares y profesionales de La Guajira y Amazonas durante el trabajo de campo.



Relatos y pixeles:
Memorias de soldados detrás del uniforme





Nota: La cartografía corporal se aplicó como instrumento de recopilación de datos que permitió la cercanía con las experiencias de vida de los soldados (2022).

Después de culminado el trabajo de campo y de haber desarrollado el laboratorio creativo en La Guajira y Amazonas, durante horas y siendo fieles a sus recuerdos, se hizo un trabajo de edición y reedición de los relatos contemplando aspectos estéticos y narrativos, pero siempre respetando la originalidad y el sentido que ellos evocaban en cada sesión trabajada. Se validó y buscó con ellos la aprobación de cada palabra y cada línea, mediante sesiones virtuales, trabajando en sus historias de vida. Algunas veces surgían correcciones; otras, mientras conversábamos, aparecían en sus mentes, como rayos luminosos, imágenes que potencializaban el relato: sentimientos y texturas que aportaban riqueza a sus historias ya casi logradas. A veces por celular, en horarios estratégicos y cuando tenían señal; otras veces, mediante videollamadas por *Meet*, donde el protagonista, con la intimidación propia que trae la aparición de nuestros rostros en diminutos cuadros reflejados en el monitor, al escuchar y seguir la lectura del texto en pantalla compartida se sorprendían de sus propias historias, se emocionaban y repetían: “Seño, yo no puedo creer que vaya a salir en un libro”; “Profe, ¿usted se imagina la cara que va a poner mi hijo cuando yo le lea mi historia y se dé cuenta que todo esto lo he hecho por él?”. O “¿A quién puede importarle mi historia si solo soy un soldado?”.

En otras ocasiones, y tras acordar una hora específica para la videollamada, algunos, que estaban de permiso, encendían su cámara y en su aparición se veían en sus casas cantando vallenato con una cerveza en la mano; y al ser imposible el propósito de la llamada (una sesión de trabajo para sus relatos), se escuchaba entre la rimbombancia: “¡Vea mamá, con ella estamos haciendo el libro!”. Y horas después, enviaban mensajes o llamaban pidiendo excusas por el ruido, pero era claro que esto también hacía parte de la exploración y el trabajo con ellos; todo daba luces para la indagación y abría paso a seguir entendiendo su individualidad y sus enunciaciones.

Las sesiones de lectura, edición y reedición con Manuel Prada, asesor académico, fueron el otro escenario que permitió conocer y explorar a profundidad la información obtenida, para analizarla y relatarla, a propósito del objetivo de la investigación. Entonces, cada lectura se separaba de la anterior, encontrábamos nuevos elementos, palabras por definir e imágenes por terminar de plasmar. Borrábamos para empezar de nuevo, siempre protegiendo el significado de las memorias de los protagonistas.

Aquí, entonces, el lector conocerá diez relatos logrados como producto del trabajo de campo: cinco que corresponden a La Guajira, y cinco más que corresponden a Amazonas. También, un epílogo que recoge reflexiones finales del proceso. A su vez, encontrará un glosario que recopila muchas de las palabras importantes mencionadas en los relatos, y que buscan profundizar en los aspectos que se destacan de las historias.

Asimismo, este libro representa el acercamiento a la cultura, identidad y tradiciones de los territorios de La Guajira y Amazonas; la naturaleza, los olores, las texturas, los significados propios de estas zonas del país, que fueron elementales para narrar desde miradas y lugares distintos de enunciación, sobre los cuales se dio la provocación de la palabra de sus narradores para recrear lo ya vivido, además de otros aspectos que están presentes en los relatos, como Dios, la familia, la identidad étnica, la mujer, la guerra, la violencia, las cicatrices, las marcas, la lengua.

Finalmente, conviene mencionar que este libro no recoge todo el trabajo realizado ni todo el material obtenido en el trabajo de campo, pero quizá se aproxime a representar una parte del arsenal de recuerdos y las voces sentidas de los soldados. También representa la esperanza a la exploración de nuevos caminos en los que la narrativa, en vez de ser subestimada, represente un espacio potencial para la indagación y la memoria histórica y militar.

Referencias

- Aléxievich, S. (2013). *La guerra no tiene rostro de mujer*. (Dobrovolskaia & García, Trad.) Penguin Random House Grupo Editorial. S.A.U.
- Blanco, M. (2011). Investigación narrativa: una forma de generación de conocimientos. *Dossier: La sociedad compleja: el pensamiento científico y la práctica sensitiva*, 24 (67). <https://tinyurl.com/3cbk93cb>
- Le Bretón, D. (2000). *Elogio del caminar*. (H. Castignani, Trad.) Epublibre. <https://tinyurl.com/mu8rh8rz>
- Sanches, C., Ribeiro, T. & Souza, R. (2022). La conversación como metodología de investigación. *RAIN*, 2, 7-18. 5765-22987-1-PB.pdf
- Superintendencia de Industria y Comercio. (2021). *Un único patrón de camuflaje para diferentes entornos*. <https://tinyurl.com/yw875zjy>

Capítulo 2

Relatos La Guajira*

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663.02>

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Escuela de Armas Combinadas del Ejército

Resumen: El presente capítulo condensa las historias de vida de cinco soldados (regulares y profesionales) del Ejército Nacional, las cuales develan o se aproximan a la materialización y configuración de sus subjetividades, objetivo esencial en la investigación *“Análisis de la subjetividad del soldado regular y profesional del Ejército Nacional de Colombia a través de las narrativas y construcciones del yo”* y como resultado del trabajo de campo realizado durante julio de 2022 en La Guajira. La investigación tuvo un enfoque cualitativo, en la cual se aplicaron diversos instrumentos de recolección de datos, como la observación participante, la entrevista semiestructurada, los métodos biográficos y las historias de vida, cuyos resultados permitieron identificar, además de otros elementos, la identidad indígena, la cultura ancestral, las raíces guajiras y la pertenencia y experiencia con el territorio, toda vez que en la actualidad pertenecen a batallones de esta zona del país. Los relatos que a continuación se presentan dan cuenta de las configuraciones subjetivas de los soldados y de la posibilidad de existir y evocarse desde la narración y las construcciones del yo.

Palabras clave: La Guajira; relato; subjetividad; indígenas; wayúu; soldados.

* Capítulo de libro resultado del proyecto de investigación *“Análisis de la subjetividad del soldado regular y profesional del Ejército Nacional de Colombia a través de las narrativas y construcciones del yo”* del Grupo de Investigación para la Capacitación Militar (GICAM) de la Escuela de Armas Combinadas del Ejército – ESACE, registrado con el código COL0160714. Los puntos de vista y los resultados de este capítulo pertenecen a los autores y no necesariamente reflejan los de las instituciones participantes.

Relatos y pixeles:

Memorias de soldados detrás del uniforme

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Periodista, Fundación Universidad Panamericana, Colombia. Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Magíster en Escritura Creativa, Instituto Caro y Cuervo, Colombia. Investigadora y docente, Escuela de Armas Combinadas del Ejército y Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD). Experiencia en investigación narrativa y en proyectos de escritura comunitaria.

<https://orcid.org/0000-0002-1365-7373> - Contacto: wendy.mendez@cedoc.edu.co

Citación APA: : Méndez Velásquez, W. V. (2024). Relatos La Guajira. *Relatos y pixeles. Memorias de soldados detrás del uniforme*. (pp. 37-64). Sello Editorial ESDEG. <https://doi.org/10.25062/9786287602663.02>

RELATOS Y PÍXELES:

MEMORIAS DE SOLDADOS DETRÁS DEL UNIFORME

ISBN impreso: 978-628-7602-65-6

ISBN digital: 978-628-7602-66-3

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663>

Colección Derechos Humanos y DICA

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2024



Fidelio, el pollo patrullero¹

Era 5 de julio, día de mi cumpleaños número 30. El abastecimiento estaba retardado y eran pocas las opciones de menú que nos acompañaban por esos días. La mañana estaba soleada y, aislado, cerca de las montañas, sentía la brisa rozando mi cara. Y con su paso, llegaban a mi memoria aquellas añoranzas pasadas con las que los mortales nos mantenemos vivos en un presente incierto.

— ¡Feliz cumpleaños, lancita!

Sentí el abrazo sudoroso de Martínez, un compañero del pelotón que iniciaba la fila de felicitaciones por mi cumpleaños. El menú gastronómico de la celebración estaba protagonizado por tres plátanos cocidos y una salchicha. La ilusión de quedar lleno se me agotaba con cada bocado; parecía que los plátanos y la salchicha se desvanecían como lo hace el tiempo: te hace pensar que está allí, tangible, latente y dispuesto; pero luego se aísla completamente de ese instante inmediato, para empezar a ocupar espacio en la memoria. Un cumpleaños que jamás olvidaré. El abastecimiento llegaría 3 días después: un 8 de julio.

Estábamos con la Brigada Móvil N.º 8², en el departamento del Tolima. Esa noche, en pleno desplazamiento, encontramos un pollo blanquecino y de pequeño tamaño que yacía perdido entre los matorrales. Sus plumas suaves, sus patas delgadas y su estado de indefensión lograron hacer que Edilberto Perilla, soldado que pertenecía a la sección de 14 hombres de la que yo hacía parte, lo levantara, lo

¹ El presente relato corresponde a Ángel Alirio Méndez Vega, quien nació en Chaparral, Tolima, el 5 de julio de 1988. Tiene 34 años y ha dedicado sus últimos 14 a servir al Ejército Nacional de Colombia como soldado profesional. Sus motivaciones principales para hacer parte de la Fuerza fueron encontrar mejores oportunidades para su futuro, lograr el bienestar y la estabilidad y alcanzar las metas que se ha trazado durante su vida. Lo más importante para él son su hijo, Ángel David Jiménez, y su familia. Sus sueños más grandes son pensionarse, lograr una estabilidad y que su hijo sea un gran profesional.

² Esta brigada, junto con la N.º 20, desarrolla operaciones en el sur del departamento de Tolima, y hasta el norte del de Cauca.

acariciara y lo cargara hasta llegar al punto al que nos dirigíamos para instalarnos y preparar por fin la comida.

— ¡Ya le tengo nombre al pollo! —mencionó Perilla.

— Déjese de cuentos, marica. Usted sabe que, tarde o temprano, el pollo pasará a ser parte del menú. Todos aquí sabemos que nos lo vamos a comer —respondió Bonilla.

— Se llama Fidelio, el pollo Fidelio.

Desde entonces, el nuevo compañero no se apartaba de nuestro lado. Lo alimentábamos con bocados de las comidas del día y lo veíamos gordo y rozagante. Crecía cada vez más bonito.

Alguna tarde nos preparábamos para movernos hacia otro punto del área. Alistábamos el equipo bajo el caluroso sol de la tarde y nos repartíamos alimentos no perecederos y artículos para cocinar, que, con mucha táctica, acomodábamos en la maleta, además del uniforme, las cosas de aseo y las raciones de campaña.

Entre la bulla y las conversaciones, Rincón se pidió empacar el aceite; Bonilla, unos paquetes de arroz; Rodríguez, la olla más grande, y así sucesivamente, hasta que todo quedó acomodado y distribuido en el equipo de todos. Mientras tanto, algunos llamaban a despedirse de sus hijas, otros llamaban a sus novias, apartados en un rincón para que no los escucháramos, y otros, a lo más sagrado, a la bendición de todos los días y el lugar seguro: la mamá. No quise llamar a nadie; no tengo a mis padres con vida para llamarlos y prometerles un encuentro cercano y a salvo.

Fidelio nos miraba y daba diminutos pasos alrededor de las maletas. Su pico se abría y cerraba, y pipiaba para llamar nuestra atención.

— ¡Yo cargo al pollo! —dijo Perilla, el mismo que le puso el nombre y lo encontró asustado entre arbustos infinitos.

Como pudimos, entre todos improvisamos un cargador para Fidelio, con bolsas plásticas. Con cuidado, sacamos su cabeza, y luego, sus patas. Empezamos el viaje, y por el camino le hablábamos y estábamos pendientes de que no se lastimara. Desde entonces, acordamos turnarnos para cargarlo en cada desplazamiento durante el tiempo en el área, compromiso que se cumplió al pie de la letra.

Fidelio se hizo parte del pelotón; patrullaba, comía y dormía con nosotros. Era nuestra mascota, un integrante de la familia. Le hablábamos y con él se abría un espacio de paz al que acudíamos en días tristes, días difíciles o aquellos en los que queríamos dejarlo todo y salir huyendo.

Llevo 14 años como soldado profesional, y nunca había tenido una mascota. Con Fidelio nos sentíamos acompañados en las noches solitarias en las que solo

se escuchaban las luciérnagas o los saltamontes. El pollo Fidelio era símbolo de ternura y amor. Cuando me tocaba el turno de cargarlo me sentía responsable de su cuidado y de que llegara bien. Un instinto de protección que emanaba en tiempos de guerra. Caminamos por largas horas y los árboles eran testigos del cansancio que nos visitaba.

Yo fui criado en el campo; de niño era muy feliz, porque no tenía miedo. Con mis hermanos, Leonardo y John, íbamos de pesca y nos gustaba montar en bicicleta trocha adentro y sentir el aire fresco. También he podido apreciar la naturaleza cuando he estado en otras regiones, como, por ejemplo, en el páramo, en el 2012; me pareció un paisaje hermoso por los frailejones, las lagunas, a pesar de todo el frío que hacía, porque uno casi ni se baña del frío que hace, pero me sentí renovado al estar allá; recuerdo también que fui víctima de la picadura de un alacrán, se me durmió toda la mano derecha, pero, por fortuna, no tuve fiebre ni nada grave.

Yo soy consciente de que muchas veces a la naturaleza no la cuidamos ni le damos el valor que tiene; nos acostumbramos al aire, a los árboles, a los animales, al agua, pero se nos olvida lo sagrada que es. Fidelio representaba una de esas creaturas que deseábamos cuidar y apreciar.

Pero como no todas las historias tienen un final feliz, supe, algunos días después de salir de permiso, que, de nuevo, el abastecimiento se estaba retardando más de lo esperado. Mis compañeros tuvieron, entonces, que darle de baja al pollo Fidelio, para preparar un succulento sancocho, al que se devoraron sin remedio. Recuerdo que me sentí triste, porque le había cogido cariño; Fidelio se convertía en otra de esas ausencias a las que me tenía que acostumbrar, una muerte a destiempo que agradecí no presenciar. Seguramente, Fidelio, en agradecimiento por lo que hicimos por él, sació el hambre que todos tenían, esa que conocemos los que estamos lejos de casa en medio de la nada, y que no se puede expresar con palabras, porque se combina con la del alma. O tal vez es lo que quiero pensar para no volver a echar de menos al pollo Fidelio, que nos dio tantos días de felicidad.

El barbero Rosado³

— ¡Cuidado con las culebras! No se pongan a molestarlas ni a torearlas.

— No les tiren piedras. Si las ven, déjenlas que pasen, y luego pasan ustedes. Las culebras no los van a atacar si no las molestan, pero si las molestan y se ponen a torearlas, ellas se defenderán.

Llegaban a mi mente estas palabras que decían mis abuelos cuando era niño, mientras veía una culebra ancha y gruesa que se camuflaba entre el verde claro de las hojas y el castaño de la maleza. Estaba con mis compañeros patrullando vía adentro de San Pedro, por Barrancas, en La Guajira. Habíamos caminado toda la noche y estaba a punto de amanecer. Sentí miedo, fijé mi mirada y les dije:

— ¡Veo en ese palo como la forma de una culebra!

La imagen era confusa, porque la boca dora⁴ se estaba mimetizando con la naturaleza, así como nosotros cuando estamos patrullando y, para pasar desapercibidos, nos vestimos como ella: a veces, con marrón; a veces, con negro, y a veces, con verde.

— ¡Ay, marica, una culebrota! —dije.

Para mi sorpresa, el único asustado era yo, porque mis otros compañeros, guardando una leve distancia, sacaron el celular y comenzaron a tomarse fotos en un ángulo que la incluía a ella. Algunos hacían gestos; otros miraban a la culebra con expresión ruda, queriendo parecer valientes, y otros sonreían mientras la señalaban. No me tomé foto; no quise congelar ese momento, ni tener la forma de volver a pasar en mi mente por la sensación de temor que me invadía. Llegó el teniente Puerto y nos dio la orden de salir de allí y no buscar males innecesarios.

Crecí correteando chivos o, como decimos nosotros, pastoreándolos. Me levantaba a las cinco de la mañana a corretear a las cabras y a ordeñarlas para hacer café con mis hermanos y mi mamá, Luz Epinayú. Pertenezco a la comunidad indígena wayúu, del resguardo Cai Semapa.

³ Francisco Rosado Nació en Fonseca el 15 de mayo de 1989 y tiene 33 años. Es soldado profesional del Ejército Nacional de Colombia, además de ser el barbero del Batallón Buena Vista Guajira, grupo Rondón. Su sueño es salir pensionado, dedicarse a su familia y tener su propia barbería, en la que ofrezca distintos estilos, cortes y peluqueados. Le gusta el vallenato de Nelson Velásquez, al que llama "música llorona", y sonríe todo el tiempo.

⁴ Según los labriegos de la zona, esta serpiente alberga una importante cantidad de veneno tóxico que puede ocasionar la muerte.

Desde peladito me enseñaron la cortesía y esas cosas importantes que deben existir para las buenas relaciones y la buena comunicación:

— Francisco, cuando usted llegue a alguna parte tiene que decir: “Buenos días”, “Buenas tardes”. Hay que saludar a la gente y darle la mano. Uno siempre a donde llega saluda y se despide.

Eso me decían los abuelos mientras pelaban yuca, tejían o nos sentaban a todos en círculo para contarnos historias de nuestros ancestros. La palabra, como el hilo de las mochilas, formaba sentidos y significados de colores. A mis doce hermanos y a mí nos gustaba escuchar cada una de las experiencias que poco a poco se iban convirtiendo en imágenes en nuestra memoria, algunas más lúcidas que otras, pero, en todo caso, imágenes bellas que nos daban sentido, aunque nosotros no fuésemos los protagonistas.

Cuando salíamos hacia el monte nos daban la rula —así le llamamos al machete—, nos advertían que era para abrirnos camino en medio de la maleza, pero no para cortar las plantas o el cardón⁵, tan sagrado para nosotros, porque es una planta cuyo fruto, rojo y jugoso, es la iguaraya, que se da en medio del desierto.

Con mis hermanos íbamos al arroyo a bañarnos, y visitábamos el pozo que los abuelos decían que era sagrado, porque todos en la comunidad cogíamos agua de allí para cocinar y beber. Llenábamos canecas y las amarrábamos al burro hasta la ranchería.

De niño pensaba que la vida era eso: jugar a la yuca, al escondido, al agarrado y a no dejar derramar el agua de las canecas, llevarla a salvo y cocinar con ella. Hasta ese momento, las ambiciones de nosotros en la comunidad se limitaban a ir a la escuela y crecer rápido, para conseguir un trabajo que permitiera ayudar a la familia. Pero cuando veíamos “Hombres de honor”⁶ y llegaban los militares al resguardo, portar el uniforme se convertía en la máxima aspiración de nosotros. Quizá, para algunos adolescentes de otras partes pueden ser anhelos triviales, faltos de sensatez, prematuros y hasta equivocados —inclusive, para nuestros propios padres, dentro de la comunidad—, pero para nosotros, que hemos nacido y crecido en el resguardo desconociendo gran parte de la vida que hay afuera de nuestras rancherías, lo diferente y la oportunidad para avanzar, no pasar necesidades y mejorar

⁵ Especie de planta endémica de Venezuela, México y Colombia. Alcanza alturas de 6 a 9 metros, y algunos compositores colombianos de La Guajira, como Leandro Díaz, escribieron canciones, a propósito de su fuerza y resistencia a temperaturas muy altas: <https://www.youtube.com/watch?v=LUNUrcmq4K4>

⁶ Serie colombiana creada en 1995 por Caracol Televisión y el Ejército Nacional de Colombia, y que buscaba rendir homenaje a las historias que les ocurrían a los miembros de la Fuerza.

la calidad de vida es prestar el servicio militar. Además, yo solo logré llegar a quinto de primaria.

Ser niños significaba no tener que pensar en futuros holgados ni rimbombantes, pues no se puede anhelar lo que no se conoce, ni extrañar lo que no se ha tenido. Pero al crecer y empezar a tener conciencia de la familia, del futuro y de las oportunidades que uno quiere elegir para su vida, salir a probar suerte a otros horizontes se convierte en el ideal de vida que se quiere alcanzar.

No significa que las enseñanzas de mis abuelos y mis padres no han sido importantes, porque me han permitido llegar con satisfacción, disciplina y constancia a este punto de mi vida: 33 años, soldado profesional, esposo, hijo, padre de 3 hijas y barbero. Lo que creo es que es necesario tomar decisiones y, a veces, salir de la cobertura de la casa y de la comunidad para tener nuevas oportunidades.

Caían poco a poco, hasta invadir con espesura el piso. Cada corte y sonido de la tijera deshilaba y desprendía cabellos negros y lizos que bajaban por el cuello, los hombros, las manos y los pies, como hebras incontables, prolongación de la piel, que iban dialogando con la brisa y la arena que llegaban a mi ranchería.

Pelos viejos, jóvenes y pelos que nunca quisieron crecer. Pelos estancados o enquistados. Pelos negros, cafés, canosos y resecos. Pelos sudorosos y olorosos. Pelos brillantes, en movimiento, como cascadas azabaches. Yo los veía por todas partes cuando pasaba la tijera haciendo cortes en distintas direcciones y motilando a mis primos, hermanos, vecinos y a los pelados de mi ranchería. No sabía lo que hacía al principio, debo admitirlo, pero sentía que motilar era una de las cosas que quería aprender, perfeccionar y hacer por el resto de mi vida.

El pelo —ausente en algunos, y abundante y hermoso, en otros— puede ser un símbolo de fortaleza; a veces, de sabiduría, y otras veces, de resistencia. Los guerreros, por ejemplo, tuvieron siempre el pelo largo, así como los griegos. El cabello se adapta, es flexible, está en movimiento, no permanece del mismo largor mucho tiempo, y a veces luce como caminito de lirios que crecen, infinito, incluso, después de morir. En el Ejército, motilarse es parte de la presentación personal y el código de respeto y porte militar. Y cuando nos convertimos en soldados, nos motilamos porque nos adherimos a la vida militar. Es un antes y un después.

Aprendí poco a poco este arte y, con el tiempo, logré cortes aceptables, sin altibajos ni líneas torcidas. Aprendí que es un oficio que requiere paciencia y transitar

caminos, los mismos que practicaba durante horas y días en las cabezas de mis amigos, hermanos y primos, hasta alcanzar la perfección.

Cuando me convertí en soldado profesional, hace 10 años, llevé mi arte conmigo; no lo desligué de mí, sino que lo convertí en una extensión de lo que soy. Empecé a motilar a mis compañeros; primero pasaba la tijera y luego perfeccionaba las líneas con la cuchilla.

Algún día, en el batallón, mi sargento Briña, que andaba casi siempre con nosotros, llegó al comedor en donde estábamos y, sosteniendo en su mano la máquina de peluquear, preguntó:

—¿Quién de ustedes sabe motilar?

—Mi sargento, para solicitarle. Yo nunca he motilado con máquina, yo sé hacerlo, pero con tijera y cuchilla. Si usted quiere, lo puedo peluquear.

— Chino, si usted ya motila con tijera y cuchilla, seguro lo podrá hacer con la máquina; todo es cuestión de práctica —replicó mi sargento, mientras me la entregaba en las manos.

Fui practicando con todos mis compañeros y con los soldados regulares hasta perfeccionarme y cogerle el tiro. Estaba en plena pasión, y nunca me negué a motilar al que me lo pidiera, no me daba pereza: todo lo contrario, lo hacía con entusiasmo una y otra vez; parecía como si hubiera encontrado mi lugar en el mundo. Me convertí en soldado profesional y en el barbero del Batallón de Buena Vista, en La Guajira.

Motilar significa también escuchar. Mientras voy peluqueando, los soldados me hablan y me cuentan cosas; los cuadros, o militares de mando, me preguntan si estoy amañado, si extraño a mi familia, y me cuentan de sus tristezas y ausencias. No siempre hablan, pero la mayoría de las veces lo hacen, como si al quitar el peso de sus cabezas se aliviara también el de sus almas. Los pelos que van cayendo simulan un ritual catártico del que hago parte.

Otras veces, los soldados me piden que les enseñe a decir groserías en mi lengua, en *wayuunaiki*, o me piden consejos sobre cómo conquistar en guajiro:

—Rosado, ¿cómo se dice “marica” en su lengua?

—Rosado, ¿cómo hago si me gusta una muchacha que habla guajiro para decirle que está muy bonita, que estoy enamorado de ella?

Yo les ponía ejemplos y ellos iban anotando o grabando lo que les iba diciendo, pero con los días, cuando se volvían a motilar, después de que habían ido a preguntarles lo mismo a varios compañeros soldados que también hablan en *wayuunaiki*, me decían:

—Rosado, él me dijo que le dijera esto y lo otro, y esa muchacha se me puso brava.

—¡Noooo, marical!, ¿quién dijo? ¿Por qué le dijiste eso a ella? ¡Eso es una grosería!

Mis otros compañeros les hacían la maldad, y entonces no podían conquistar a las muchachas. Volvían a mí para que les tradujera, les enseñara y les diera consejos. Hasta hoy, esto sigue pasando mientras los motilo.

Tengo tres hijas: Deimis, Deillis Lucía y Deiris María, y les estoy enseñando algunas palabras en wayuunaiki. Mi señora les puso los nombres en homenaje a su primo, Deiver Saavedra, a quien mató la guerrilla cuando se fue a prestar servicio. La menor es la que más retiene las palabras y toma en serio este saber. También tengo el propósito de recordar el tejido que aprendí de niño en mi comunidad. Ya le dije a mi mamá que me ayudara a repasar para enseñarles a mis hijas, porque eso se lo van a pedir en el colegio y deben tener bases, hacer mochilas y chinchorros.

Ahora pienso y recuerdo que mis padres y hermanos nunca quisieron que yo me viniera para el Ejército; mi señora, tampoco, porque a sus tíos y a varios padres de otros wayúu de la comunidad les dieron la noticia de que a sus hijos los habían matado en El Catatumbo. Todos estaban prestando servicio. Pensaban que me pasaría lo mismo y que la historia se iba a repetir conmigo. Mi suegra fue la que me prestó el dinero para sacarme los exámenes y poder ingresar al Ejército, ya no como soldado regular, sino como soldado profesional. Mi señora, a pesar de su temor, siempre me ha apoyado, y ahorita, después de diez años en los que no me ha pasado nada, se sienten orgullosos de mí. También he podido ayudar a mi madre y a mi familia.

Todavía les tengo miedo a las serpientes, y si las llevo a ver, sigo aplicando lo que me enseñaron mis abuelos. A pesar de que llevo 10 años como soldado profesional, sigo extrañando a mi mamá, a mis hijas, a mi señora y a la ranchería; uno siempre tendrá añoranzas y recuerdos que traen nostalgia, pero me siento también satisfecho del camino que he recorrido hasta aquí. Cada vez que salgo de permiso y voy a la ranchería, los pelados me dicen que quieren prestar el servicio y seguir mis pasos. Ellos sienten curiosidad de saber cómo es, cómo vive uno en el batallón, qué cosas aprende, y yo les digo que lo más importante es tomar la decisión voluntariamente y estar seguros de que eso es lo que quieren, porque tampoco es un proceso fácil; la adaptación cuesta, pero después a uno le empieza a gustar, uno se acostumbra a todo.

Salir del resguardo es también tener otra mentalidad, otra visión de las cosas, inclusive, pues al hablar tanto en español es extraño hablar en wayuunaiki, porque uno lo va dejando de utilizar, o por lo menos ya no lo usa, con la misma frecuencia. Pero yo creo que, aunque nosotros, los wayúu, prestemos el servicio militar, debemos conservar las enseñanzas y la sabiduría, el legado de la comunidad.

Yo quiero pensionarme y poner una barbería, dedicarme el resto de mi vida a este oficio. Quiero enseñarles a mis hijas lo que sé, tanto de mis costumbres y la herencia de mis abuelos y mis padres de la cultura wayúu, como del oficio de peluquear. Por ejemplo, yo mismo me motilo, yo mismo quito el peso de mi cabeza, limpio lo que sobra y trazo líneas derechitas, así como la vida, que le va enseñando a uno cada día y uno se va perfeccionando con la experiencia y las vivencias. Cuando me veo al espejo, me gusta el resultado.

Me quiero dedicar a esto porque me gusta más motilar que disparar.

Corazón de acero⁷

Las botas brillantes, el pixelado del uniforme, el fusil negro e imponente y el binomio entre la vida y la muerte por defender una causa me invadían de profunda emoción cada vez que veía llegar a los militares a la vereda Santa Bárbara, en la que nací, en Popayán, Cauca.

“¡Cuando sea grande quiero ser soldado!” —me repetía una y otra vez—. En mi familia, muchos tíos y primos han sido militares. Esta profesión se volvió una herencia familiar; algunos ya son pensionados, otros todavía están activos, y yo en ese tiempo, siendo niño, albergaba el sueño latente de vestir el uniforme. Tenía 5 años, y en ese tiempo asesinaron a mi papá, Juan Carlos Ledezma.

Él era un tipo problemático y estaba metido en cosas de la calle y el mundo del hampa. Lo que más recuerdo de él —y que creo que le heredé— es su pasión por las motos y por la velocidad. En mí siempre deambula ese recuerdo, porque mi papá me montaba en la parte de adelante de la moto y me llevaba para todo lado. Me sentía seguro con él, aunque fuéramos a mucha velocidad.

Días antes de su muerte, mi papá me compró una muda de ropa para mi cumpleaños, que es el 9 de diciembre. Yo me la quería estrenar, aunque todavía no llegara el día, pero mi mamá siempre era insistente:

— Andrés, esa ropa no se la va a colocar todavía, porque es para su cumpleaños. ¡No le repito!

— Mamá, yo me la quiero estrenar, déjeme, que, igual, en mi cumpleaños me la vuelvo a poner.

— ¡Ya le dije que no! Tema cerrado.

Quién diría que la pinta no sería para mi cumpleaños, sino para la muerte de mi papá. La última ropa que me compró fue para su propio entierro, el 9 de diciembre de 2001.

Dos días antes, el 7 de diciembre, la música estallaba los vidrios de la casa del vecino: “Otro año ya se ha ido, cuántas cosas han pasado, algo hemos aprendido y algo hemos olvidado, pero dentro aquí en mi alma, nada, nada ha cambiado”, en la voz de los Bukis⁸. Nos alistábamos para empezar a prender faroles y Chispitas Mariposa⁹.

⁷ Marco Andrés Ledezma Sánchez. Nació el 9 de diciembre de 1996, en Popayán, Cauca. Tiene 26 años, y los últimos 5 ha servido en el Ejército Nacional como soldado profesional. Su mayor sueño es comprarle una casa a su mamá y ser una inspiración para su hijo, Samuel Alejandro Ledezma.

⁸ Los Bukis son una banda mexicana de música grupera, fundada por Marco Antonio Solís, en 1975.

⁹ Similar al incienso, es una vara delgada que al contacto con el fuego produce destellos de luz y bengala. Las Chispitas Mariposa se les daban generalmente a los niños, por considerarlas menos peligrosas que la pólvora; sobre todo, en épocas decembrinas y de festejos populares.

Cuenta la tradición que el Día de Velitas es la conmemoración del instante en el que el arcángel Gabriel anunció a María que era la elegida para llevar en su vientre al Salvador del mundo. A tres cuadras de la casa se escucharon tres balazos y, enseguida, un silencio incómodo que lo cubrió todo: era papá tendido en el suelo, botando sangre y dando sus últimos suspiros. La conmemoración de un nacimiento que se convertía en el final de una vida. Mi mamá y mis tías me cuentan que justo esa mañana él estaba contento, porque era la última vuelta que iba a hacer, lejos de pensar que la muerte se sentaría a su lado y lo llevaría de la mano tras el estallido. Desde entonces, cada año de vida para mí es uno de muerto para él.

En el 2015 me fui a prestar servicio militar. Recuerdo que me llevaron engañado, porque yo iba como soldado bachiller y me metieron como soldado regular. Me tocó en el Putumayo, que en quechua significa: “vasija de agua frutal”, pero, paradójicamente, es una de las zonas más calientes del país, a la que le temíamos en ese entonces con todas nuestras fuerzas. Y aunque fue difícil, la experiencia que viví me hizo convencerme de querer seguir como soldado profesional.

Por esos días en el monte, recordaba lo que pensaba de niño: ¿Cómo será dormir en una hamaca? ¿Qué se sentirá al llegar a una parte oscura y no poder hacer ruido? ¿Cómo será disparar y sentir esa zozobra? Y ya con el pixelado puesto y las botas bien amarradas, sabía que mi sueño se estaba empezando a cumplir.

Me empecé a adaptar, aprendí lo que se puede o no hacer en el área y, una vez se culminó el tiempo de servicio, debía tomar la decisión de seguir o regresar a casa. El impulso fue pensar en ofrecerle un futuro y una estabilidad a mi hijo y que algún día se sintiera orgulloso de mí. Entonces, me quedé.

Recuerdo que en el 2017 patrullábamos en Urabá, en el bajo Cauca, y por condiciones climáticas y de seguridad no nos había llegado el abastecimiento. Estábamos monte adentro y no teníamos ni una libra de arroz. Era el día de mi cumpleaños, y el comandante, el sargento viceprimero Mina, en medio de las nostalgias y tristezas que llegan cuando uno está en el monte y no tiene a la familia, ni a los amigos ni a sus hijos, dijo:

— Bueno, hoy está de cumpleaños Ledezma, y no podemos pasar en blanco. Tranquilo, chino: hoy le vamos a hacer su comidita, hoy no vamos a aullar.

No olvido que ese día llegó con dos gallinas, un paquete de pasta y dos Maggis¹⁰. Lo vertimos todo en una olla y quedó un caldito que nos quitó el hambre y disimuló la tristeza. Nos reunimos, como siempre, todos a comer, y me cantaron

¹⁰ El caldo Maggi es un caldo deshidratado en forma de cubo que se usa en la cocina popular como una alternativa para agregar sabor a las comidas.

el cumpleaños. Ese día fue reconfortante para mí, porque cuando no hay comida uno se siente triste y deprimido, porque es la moral del soldado¹¹. Nunca olvidaré a mi sargento viceprimero Mina.

Nuestro día a día en el área es estar siempre con la naturaleza. Nosotros habitamos con ella, nos ocultamos en ella. En áreas hostiles —como, por ejemplo, El Catatumbo—, la rutina es a partir de las 18 horas: se monta un dispositivo y todos estamos activos prestando seguridad en el perímetro 360, hasta las 20 horas. Luego, todo mundo pasa a descansar y quedan los centinelas; ya muere la noche hasta las cuatro de la mañana, que empieza nuestra jornada con otro dispositivo de seguridad. Esto solo en áreas hostiles en donde el enemigo es inminente: entonces se presta seguridad hasta las seis de la mañana.

El rancharo, o el que esté ese día de turno, hace el chocolate, las arepitas, alista el queso y todos desayunamos. Es bonito sentir la brisa fresca, el canto de los pájaros y ser testigos día a día del amanecer que Dios nos regala. A eso de las diez de la mañana, seis soldados, con el comandante, hacen registro perimétrico de la zona para el control territorial y del área. Al medio día, almorzamos, descansamos un rato, y en la tarde ya uno se prepara: alistamos el equipo y emprendemos camino. Ahí es donde verdaderamente uno se gana la platica.

Es en la oscuridad de la noche, en donde empieza a tomar vida el corazón de acero del soldado, surge el espíritu del combatiente: uno superior, que silencia el miedo, la angustia, la tristeza, la incertidumbre. Uno aprende a dar pasos confiado en que se está cumpliendo la labor encomendada y que, pase lo que pase, uno está preparado; o eso es lo que se piensa para no desfallecer.

Las caminadas son bravas. Recuerdo que en una ocasión decidimos movernos en el día, porque teníamos que atravesar el río Cauca. Entonces arrancamos a las cuatro de la mañana y nos dieron las diez, once, doce del día, sin probar bocado, solamente caminando. Yo me empecé a quedar de últimas, iba cansado y sufría de calambres. Me quedé atrás y veía que los demás iban coronando el cerro. Me senté, respiré, pensé: "Dios mío, ¿será que este trabajo sí es para mí? ¿Será que soy capaz de sacar esto adelante?". Pero entonces saqué fuerzas, no me podía quedar ahí y, con mucho ardor en los pies y en la espalda y con la garganta seca, coroné el cerro.

Este trabajo es de muchos altibajos, no solo por el esfuerzo físico y mental que demanda, sino por la resiliencia que uno, de soldado, debe tener. Por ese mismo

¹¹ Son las ganas, actitud y disposición para realizar o cumplir una orden; si la moral falla, la orden no se cumple de la mejor manera.

tiempo, estuvimos por grupos erradicando cultivos de coca, y funcionaba así: dos pelotones salíamos al hueco, a erradicar y arrancar la mata de raíz, y los demás prestaban seguridad en las partes altas.

Caminábamos siempre alerta, pero nos gustaba de vez en cuando conversar, para no sentir el miedo ante lo inesperado. Nos detuvimos por un instante; pasaron el perro detector de explosivos, pero, como sabemos, los caninos no siempre son cien por ciento seguros. Avanzamos y comenzamos con nuestro trabajo. López, Jeisson López, de 19 años —a quien le decíamos ‘Gato’ porque tenía unos ojos bacanos—, arrancó una mata con la fuerza que demanda un tallo leñoso de raíz profunda. Hubo una explosión y átomos volando en dirección contraria al viento. El impacto se le llevó los dos pies, íntegros. Nos acercamos y, para que López no viera nada, cogimos hojas para cubrir la parte inferior de su cuerpo. Las hojas abrazaban su dolor.

— Ledezma, quiero verme, ¡Yo quiero verme las piernas!

— Tranquilo, ‘Gatico’, vos estás bien, todo está bien.

— ¡No, no estoy bien! Por favor, quiero verme los pies, déjenme verme.

El enfermero de combate lo canalizó, le prestó los primeros auxilios y, mientras tanto, nosotros pedíamos apoyo helicoportado para evacuarlo. ‘El Gato’, con sus manos, agarraba la tierra una y otra vez; sus ojos claros se empezaban a apagar, su angustia se combinaba con las cenizas de las hojas que morían con los segundos, incluso hasta perderse en ellas. Hay territorios que dan miedo, hay espacios en los que te sientes a salvo, pero otros a los que nunca quisieras llegar, aunque estés cansado y quieras dormir.

La naturaleza es la primera víctima del conflicto armado de nuestro país. A pesar de que en la Constitución Política se diga que se debe cuidar y proteger, es la que más ha sufrido las consecuencias de una guerra infinita. Nosotros hemos sido testigos de esto, y cuando vemos a compañeros heridos en combate o cuando tenemos miedo, somos uno con ella: con la Madre Tierra. Ella siente nuestro miedo, nuestros susurros, nuestras lágrimas, ella siente con nosotros la destrucción y lo inesperado en medio de un silencio que parece apacible y tranquilo, pero que en realidad nos devora por dentro.

En ese momento ella sentía la desesperanza de ‘El Gato’, y yo pensaba en mi hijo y en que, al igual que al lancita, eso me podía pasar y, si moría, se iba a repetir mi historia. Miré hacia arriba. Los árboles sin hojas, sus tallos desnudos y heridos se debilitaban con la brisa. Las lágrimas de ‘El Gato’ mojaban la tierra seca y espesa.

Después de esa vivencia yo me soñaba todos los días con eso. Me levantaba asustado y tuve que pedirle a Dios que me diera tranquilidad para superar ese suceso. Otras veces, me iba a las partes altas, para pensar y sentir la brisa y esa conexión con la naturaleza. Entendí que ella se regenera, se repone, tiene corazón fuerte, tan fuerte como el acero. La energía que nos da la madre naturaleza nos ayuda a nosotros, los soldados, a reponernos, a seguir adelante. Otras veces, y si las condiciones lo permitían, recuerdo que siempre mantenía mi anzuelo y cuando llegábamos a un río buscaba lombrices y pescaba para completar el almuerzo. Pero, generalmente, en áreas hostiles esto no lo podemos hacer.

A la naturaleza se le debe analizar, contemplar y saber leer. Nosotros, por ejemplo, nos movemos de noche y aprendemos a caminar a oscuras y sin hacer ruido. La naturaleza le ayuda a uno a desarrollar esa pericia para saber cómo andar, por dónde, cómo pisar; uno va al tanteo. Cuando las personas caminan de noche, a oscuras, con las manos van marcando el camino para no chocar, pero nosotros llevamos en nuestras manos el fusil y nos debemos mantener alertas; entonces el tanteo lo hacemos con los pies, para que cada paso que se dé sea firme. Por eso hay que amarrar bien las botas y caminar de lado, para no caer.

Nosotros también tenemos en la gorra, en la parte de atrás, unos cuadrados que alumbran, se llaman “ojos de gato” y sirven para que, cuando se camina en la oscuridad, se vea la cabeza del compañero que va enfrente; se debe estar concentrado y no pensar en otras cosas.

A veces hay pelados que se lastiman porque prestaron servicio en batallón, pero nunca salieron a patrullar. Entonces, uno, que ha vivido la experiencia desde el servicio, ya está más preparado y les va dando los *tips* del combate: 1) la disciplina es lo primordial; 2) se debe hablar susurrando, nunca gritar; 3) hay que atesar bien las botas; 4) no dejar basura a donde se llegue, porque eso lo delata a uno con el enemigo, y 5) siempre mantenerse alerta.

Nosotros tenemos corazón de acero, porque dejamos nuestras comodidades por brindarles seguridad a las demás personas; nos olvidamos de cumpleaños, del Día de la Madre, del Día del Padre, una Navidad, un feliz año. Nosotros nos negamos a todos esos privilegios para que el pueblo colombiano esté bien. No es lo mismo dormir en una habitación, con aire acondicionado, que dormir en una hamaca con zancudos. No es lo mismo llamar a la mamá y decirle: “Feliz año, mamá, Dios me la bendiga”, a darle un abrazo y despedir el año juntos. A veces, la realidad pesa más que el equipaje que cargamos a cuestas.

No es fácil tampoco perder la juventud, porque uno entrega su fortaleza y mejores años a este trabajo. Sin embargo, todo sacrificio tiene su recompensa, y

hay que sembrar ahora, de joven, para recoger todo ese esfuerzo siendo viejo. Así como la naturaleza, que es fuerte y se reconforta, y algunas veces, con el paso del tiempo, se hace más poderosa, nosotros aprendemos de ella y la imitamos.

Tiempo después, volví a hablar con Ospina, uno de mis compañeros, con el que patrullé en el bajo Cauca, cuando 'El Gato' quedó sin sus piernas. Él estaba de regreso por esa área y, entre emocionado y nostálgico por lo que sus ojos estaban viendo, me hizo videollamada:

— Marica, ¿te acordás del lugar donde le explotó una mina al 'Gato'? —me dijo.

— Sí, yo me acuerdo, ¿por qué?

Él, solamente con la cámara del celular, enfocó en primer plano al arbolito que creció justo en el lugar en el que le explotó la mina al parcero. La naturaleza lo compensó, hicieron un trueque. Él perdió sus piernas, pero allí nació un árbol: ¡floreció la vida!

Aguilar, el soldado wayúu: de la ranchería al servicio militar¹²

Mis padres son Pilar Arpushana y Carlos Aguilar. Somos ocho hijos y soy el penúltimo. Mamá se ha dedicado a la elaboración de artesanías representativas de mi comunidad wayuu¹³, como la mochila y el chinchorro, y mi papá fue quien me enseñó a cazar y a hacer todas las labores de la tierra.

Para mí, prestar el servicio militar ha sido la oportunidad de cumplir mis sueños, mejorar mi calidad de vida y ayudar a mi comunidad, dado que son muchas las necesidades que tenemos. Yo lo decidí voluntariamente.

Cuando me enlisté, mi mamá tenía mucho miedo y no quería que yo me fuera para el Ejército, porque tuvimos una mala experiencia: mi hermano, Andrés Aguilar Arpushana, murió prestando servicio en 2010 o 2011, más o menos. A nosotros nos dijeron que él se había disparado, que estaba limpiando el arma y se le soltó un tiro, pero en realidad no supimos nunca bien qué fue lo que pasó. Él tenía 18 años, y yo tenía en ese entonces 8. Cuando nos lo entregaron para el funeral, su rostro, hueco y deforme, dejaba ver el recorrido de la bala desde la quijada hasta la cabeza.

A pesar de esa situación tan difícil que mi familia y yo vivimos, siempre estuve decidido a irme de mi comunidad y pertenecer a la institución. No puedo negar que ha sido más difícil de lo que imaginé, pero los retos me han enseñado a ser fuerte y a perseverar.

Nosotros, en la comunidad, al estar acostumbrados a la escasez de comida, de agua, de servicios y de asistencia en salud, no percibimos muchas oportunidades, y entonces entrar al Ejército es acceder a comida, agua y servicios médicos. Son motivaciones que me animan a permanecer aquí, y que valoramos.

Por otro lado, extraño mucho a mi familia, porque nosotros, los soldados, estamos de lleno en el batallón o en el área y tenemos permiso cada cinco meses; la ausencia de la familia es una tristeza que ronda constantemente y que no se quita con nada. Yo he aprendido a tener nuevas amistades, porque paso todo el día con mis compañeros y ellos se han convertido en otra familia. Algunos, por ejemplo,

¹² Carlos Andrés Aguilar Arpushana. Nació el 11 de diciembre del 2000, en Riohacha. Perteneció a la comunidad indígena wayúu, pueblo que habita la península de la Guajira, en la zona nororiental de Colombia, de la Ranchería La Sabana, del clan Winpiraren. Hace parte de las filas del Ejército Nacional como soldado regular, y su mayor anhelo es convertirse en abogado para ayudar a defender las causas de su comunidad.

¹³ El pueblo wayúu es conocido históricamente como 'La gente del sol, la arena y el viento'. Son grandes artesanos y comerciantes, han sido luchadores por sus derechos y durante muchos años han trabajado por defenderse contra las adversidades naturales de la región, la discriminación, el racismo, la marginación y la violencia (Mincultura, s.f.).

vienen de otras rancherías de mi comunidad y saben hablar wayuunaiki¹⁴. Esto hace que los sienta cercanos, nos une el idioma y la identidad.

Algo que me parece muy triste es que en mi comunidad no hay molino, gracias al cual se accede al agua bombeada y almacenada. Hubo un tiempo en que nos dieron un pozo, pero se dañó y desde entonces no tenemos forma de almacenarla. Lastimosamente, el Estado no nos ha garantizado este derecho, ni tampoco el acceso a la salud o a la educación.

Allá, en mi comunidad, el agua es salada, y por eso muchos niños se enferman, porque no es apta para el consumo y da diarrea y vómito. Recuerdo que cuando llovía íbamos a beber del arroyo y la almacenábamos en baldes o botellas, y otras veces llegábamos en burro a otra comunidad con molino, y ellos nos compartían de su agua.

Otro reto que tuve de niño era la ida a la escuela. Nosotros, hasta la fecha, no tenemos transporte y por esas épocas caminábamos por más de una hora para llegar a recibir clases. En temporadas de lluvia, los arroyos crecían y no los podíamos atravesar; entonces, regresábamos a casa. Todos los días nos levantábamos a las cuatro de la mañana, para salir a las cinco bañados y listos. Mis hermanos y yo algunas veces nos íbamos sin desayuno, porque no había o porque se nos hacía tarde.

Yo creo que esta experiencia me sirvió mucho para estar en el Ejército, porque cuando uno es nuevo, “los tres meses de recluta”, como le llaman aquí, uno debe pasar por muchas cosas: traspasar, madrugar y hacer mucha actividad física o voltear, como le decimos nosotros. Además, la tensión mental y psicológica que se vive mientras uno se adapta no es fácil; sobre todo, porque en mi comunidad tenemos otras formas de relacionarnos los unos a los otros y de convivir, pero yo siento que desde niño ya había aprendido a hacer muchas cosas importantes para la vida con las enseñanzas de mis padres y por las mismas necesidades de mi comunidad.

Mis papás, al ver la dificultad para llegar a la escuela, prefirieron meterme a un internado que se llama Aremasain, que queda en Maicao, La Guajira. Allá no solo aprendí a leer, sumar o restar; también vi clases de administración pública y agricultura, porque el internado tenía convenio con el Sena¹⁵.

Siempre me ha gustado estudiar y aprender; especialmente, porque pienso que a través de la educación podré ayudar a mi comunidad y saber cómo actuar o qué

¹⁴ Lengua materna del pueblo wayúu, y que cuenta con aproximadamente 400.000 hablantes. Se constituye en la lengua indígena del país con mayor número de hablantes. Para los wayúu, la palabra es la ley y el símbolo de la dignidad de los hombres de bien, del espíritu de ser wayúu (Polo, 2018, p. 57).

¹⁵ Servicio Nacional de Aprendizaje, que capacita a los colombianos de manera gratuita en programas enfocados en la actividad productiva de las empresas y las industrias.

decisiones tomar ante determinadas situaciones de la vida. Entonces, consciente de que en mi comunidad no hay hospital ni un centro de salud cerca, quise hacer un curso de socorrista. Mis padres me apoyaron, y aprendí a canalizar, a poner inyecciones y a tratar a los pacientes que requieran primeros auxilios.

Yo creo que esto es algo bueno, porque entre nosotros, los de la comunidad, nos debemos ayudar y debemos salir adelante. Este aprendizaje también lo he podido aplicar con mis compañeros en el monte.

Recuerdo que alguna vez, patrullando en La Gloria, en Riohacha, el sol era insoportable. Estábamos con una temperatura de casi 40 grados. Un compañero se desmayó, y yo tuve que ponerle suero y poner en práctica todo ese saber. Fue chévere la experiencia de poderlo ayudar y estabilizar, y entonces, desde ahí, ya sabían que en cualquier situación que se presentara yo los podía ayudar. Uno adquiere conocimiento para servir a otros.

Otro de los saberes que me ha sido muy útil, y que fue heredado por mis ancestros, es el reconocimiento de algunas plantas medicinales que ayudan al ser humano, las plantas tradicionales de mi comunidad. Por ejemplo, para un dolor de estómago uno utiliza una planta que se llama malambo¹⁶: la ralla y mezcla con agua, luego se la toma, y santo remedio. Eso sí, sabe feo, porque es amarga, pero es efectiva.

Si se trata de una conjuntivitis, o infección en los ojos, se utilizan las hojas del árbol trupillo¹⁷: se hierven en agua y con esa infusión uno se hace baños en los ojos. Con los días, la infección desaparece. Yo creo que esta sabiduría ancestral me ha servido mucho en el Ejército, porque son enseñanzas que no se olvidan y sirven para ayudar y enseñar a otros.

También aprendí a diferenciar y reconocer al cactus guajiro, el que nos da la iguaraya¹⁸, una fruta deliciosa y de mucho alimento. Mis ancestros me enseñaron a comer de este fruto y a identificar el momento adecuado para poderlo coger, porque si este no ha madurado completamente, tiene espinas y uno se puede lastimar. Esta fruta también es aplicada directamente para tratar quemaduras y heridas, y

¹⁶ El malambo puede alcanzar hasta los 15 metros de altura. Es de corteza gris, aromática y de sabor picante. Su corteza es macerada en alcohol para fricciones contra el reumatismo, así como para el tratamiento de problemas estomacales. También está indicada para la preparación de remedios contra la diabetes (Sáez, 2021).

¹⁷ El trupillo es una valiosa fuente de alimento, por ser resistente al déficit hídrico. Se encuentra, sobre todo, en zonas áridas y semiáridas de Colombia, como La Guajira. Individuos muy viejos alcanzan desde los 4 hasta los 20 metros de altura, con un diámetro de entre 60 y 80 centímetros. Son árboles fuertes y resistentes, dado que sobreviven con poca agua. Muchas comunidades indígenas utilizan su corteza como vendajes para tratar golpes en las extremidades, y las hojas, como antibacteriano (Forestal Maderero, 2021).

¹⁸ La iguaraya es de color rojo oscuro y suele ser recolectada por la comunidad wayuú. Solamente se da en el desierto (Asawaa, 2017).

en infusiones, para tratar dolores de estómago. Lo mismo cuando hay temporadas de sequía: algunos cactus son los que nos dan alimento para los animales.

Saber las propiedades de los árboles, las plantas y sus diferencias me ha servido en el Ejército cuando patrullo, cuando algún compañero se enferma o yo mismo estoy convaleciente. Todo este conocimiento lo deberíamos apropiar, porque esto nos permite comprender lo sagrada que es la Madre Tierra y la importancia de protegerla.

En mi comunidad le decimos Madre Tierra, le decimos *mma o*, también, *Maa^ka*. Nuestros mayores nos decían a mis hermanos y a mí:

— Deben cuidarla, porque es la que nos brinda el alimento, de ella son los cultivos, los frutos, los ríos y el viento.

También aprendí a cazar conejos con linterna y escopeta. Salíamos de noche, porque con el foco se encandila al conejo, y él se quedaba quieto. Al inicio, yo era el que recogía a los conejos muertos, pero luego, cuando tuve que disparar, sentí tristeza, pero la sabiduría ancestral dice que es el ciclo de la vida y que los animales hacen parte de nuestro alimento. Luego llegamos a donde mi mamá, le entregamos el conejo y ella nos lo preparó. ¡Fue una comida deliciosa!

Los perros también son importantes en la comunidad, porque nos acompañan a cazar, nos ayudan a cuidar a los demás animales, y si los enseñamos desde pequeños, nos ayudan mucho a cuidar y a vigilar a los ovejos, que son el sustento: por ejemplo, se venden si hay una necesidad económica o se preparan para los invitados en un velorio, uno por cada persona.

Así pasa con el matrimonio: preparamos ovejo para los invitados, porque es otra ocasión muy especial, *Wanülü*: dos momentos centrales de la vida de los wayúu: el matrimonio y el entierro.

La sabiduría wayúu me enseña también sobre cómo tratar a los demás, a bailar *chichamaya*¹⁹, los juegos tradicionales, a valorar a las mujeres, a hacer chinchorros, mochilas y cotizas. Mi cultura es muy valiosa y tiene una riqueza que no se puede dejar perder. Por eso, cuando termine de prestar el servicio, quiero ir a la Universidad de La Guajira a estudiar Derecho, ayudar a mi comunidad y trabajar por preservarla por muchos años más. Cuando tenga hijos, quiero que ellos aprendan todo sobre mi cultura y sobre la vida. Les contaré mis historias y también les hablaré de la importancia de los saberes ancestrales para ser buena persona y buen soldado, tener buena conducta y dejar en alto a la comunidad wayúu.

¹⁹ Expresión cultural cargada de significados simbólicos de la comunidad wayúu, que conserva y perpetúa su tradición. También es conocida como *Yonna*, y sus atributos esenciales son la búsqueda del equilibrio social, la solidaridad colectiva y la relación entre el cosmos y el ser humano (Vargas, 2017).

La profecía de las polillas²⁰

La mística y los secretos de la naturaleza pueden llegar a superar el raciocinio o las creencias que tenemos los seres humanos sobre ella. Lo que aquí les voy a contar tiene mucho de ello, de los misterios de la naturaleza que, como soldado, he podido presenciar.

En el 2018, cuando recién llegué a patrullar como soldado profesional, estábamos en Antioquia y caminamos durante 10 horas, aproximadamente, sin parar. A lo lejos, comenzamos a ver el pico de los cerros, y el comandante, señalándolos, nos dijo que allá era nuestro destino. Se nos hizo eterno el camino, porque cuanto más avanzábamos, los cerros más se alejaban de nosotros. Íbamos abastecidos para 17 días y el equipo iba muy pesado.

Recuerdo que llegamos como a las cinco de la tarde y comimos arroz con leche que preparó el rancharo. Por seguridad, no se podía cocinar nada más, porque se acercaba la noche y el fuego nos podía delatar.

Después de la formación y con el cansancio del día agitado, comenzamos a hablar sobre nuestros seres queridos en medio de la noche fría y oscura. Martínez me hablaba de su hija y su esposa, y yo le hablaba de mi mamá. Escuchamos un ruido; pensamos que quizás era un animal. Nos acercamos a revisar, pero no había nada.

- Pudo haber sido una bruja —me dijo.
- No le creo, garrita²¹; puros cuentos suyos.
- La peor es la del Puesto Bruja —mencionó.
- ¿El Puesto Bruja? —respondí.

—Vea, mi lanza²², yo le voy a explicar cómo es que funciona. Algunos batallones tienen un Puesto Bruja. Se le llama así porque cuando uno está prestando guardia, alguien viene y le sopla el cuello. Si eso le llega a pasar, ya sabe que es una bruja.

—No, mi drago²³, yo no creo casi en esas cosas. Seguramente, son cuentos que le echan a uno para azararlo —le respondí, convencido de lo que estaba diciendo.

²⁰ David Stiven Landines Zúniga. Nació en Bogotá el 12 de agosto de 1997, pero fue criado en Yopal. Tiene 26 años, y desde sus 20 hace parte de las filas del Ejército Nacional de Colombia, como soldado profesional. Antes de prestar servicio, trabajó como bodeguero en una empresa de circuito integrado de cámaras de seguridad. Sueña con ahorrar para comprarle una casa a su mamá, la persona más importante de su vida, y con viajar a muchos lugares del mundo. Quiere tener una familia.

²¹ Palabra que utilizan los militares para referirse al compañero, amigo, ese que está en las buenas y en las malas o el mejor amigo que se pueda tener. El que “no lo deja morir”.

²² Lanza o *lancita* son sinónimos de *parce*, amigo, colega, compañero.

²³ Dragoneante: soldado destacado, que obtiene un mando sobre los otros soldados de su misma o inferior antigüedad, tras un entrenamiento especial.

—Yo tuve una experiencia con una bruja —me dijo—. Se veía como una mujer hermosa, a la que conocí en una finca, pero en realidad ella era una bruja y me quiso hacer un amarre²⁴ a través de una manilla, cuando se enteró de que tenía familia. Desde ese momento, se me aparecía en sueños. Cuando era centinela sentía la presencia de alguien y no me sentía tranquilo, porque sentía que me vigilaban. Tuve que luchar contra eso, y entonces consulté a una persona que sabe mucho de eso y me dijo claramente: “Debe ponerse los calzoncillos al revés, dejar los proveedores formando una X”. También me dio un contra-amarre, y eso fue santo remedio.

Días después, tuve que prestar guardia. Cerca de la una de la mañana, miraba atento a un lado y al otro. En un abrir y cerrar de ojos, sentí que alguien me soplabo el cuello, como un sutil silbido. Me puse pálido, las manos me sudaban, volteé a mirar y no había nadie. Entonces, intenté gritar, pero las palabras no me salían, quedé paralizado, sentía en ese instante la presencia de alguien, una presencia incómoda que me invadió por completo. Yo me eché la bendición y recé; poco a poco, me empecé a sentir mejor.

Hasta entonces, pensaba que esa era la experiencia más bizarra que había vivido en el Ejército, pero estaba equivocado.

Muchas de las historias y mitos que cuentan los antepasados, o inclusive compañeros, se dan en medio de la oscuridad de la noche, con sus bosques espesos y tupidos, que dan paso a lo sobrenatural. Algunas comunidades, como los indígenas, por ejemplo, creen que la *Pacha Mama* es la madre, fuente y el origen de todo, pero también, a quien se le debe respeto y reverencia, porque tiene poderes sagrados que pueden también actuar en contra de nosotros, los mortales. Por esos días me hallaba entre lo bello y sublime de la naturaleza, pero también, entre lo misteriosa y tenebrosa que puede llegar a ser, porque lo que estaba por ocurrir, patrullando en El Catatumbo, me dejaría completamente impactado.

Hacía un sol radiante y nos encontrábamos erradicando en un costado del cerro de San Sebastián. Al otro lado, estaban los del ELN (elenos)²⁵ y los PLN (pelusos)²⁶. Por esos días era muy común que por la región se escuchara la ametralladora, el mortero o el MGL (*Multiple Grenade Launcher*)²⁷, y entonces nosotros

²⁴ “Es un encantamiento para asegurar que alguien quede enamorado y sujeto a la voluntad y arbitrio de otra persona (RAE, 2023). Cuentan las abuelas que, sobre todo en el campo, cuando las mujeres estaban desesperadas por un hombre que no quería estar con ellas, acudían a este tipo de rituales, para no perderlos. Se dice que, en la actualidad, los amarres siguen siendo trabajos que se encomiendan a brujos, hechiceros o santeros.

²⁵ Miembros del Ejército de Liberación Nacional (ELN).

²⁶ Militantes de la disidencia de la Guerrilla del Ejército Popular de Liberación (EPL).

²⁷ MGL: lanzagranadas múltiple de 40 milímetros, con tambor de seis granadas.

teníamos la necesidad de prestar seguridad las 24 horas del día. Trasnochábamos, hacíamos PAC (Puesto Avanzado de Combate²⁸), registros y puestos de control, porque se manejaban dos entradas principales a la zona. Los carros que pasaban por allí eran requisados por nosotros, hacíamos la observación en el puesto de control y así se iban pasando las horas.

Estábamos con una compañía, el Aro Central de Seguridad Perimétrica, la Seguridad Intermedia y nosotros tres, 'El Waso', López y yo, que estábamos en la carretera. Nuestra tarea era cuidar que hacia ese lado del cerro no pasara nadie; debíamos mantener la seguridad en la zona. Nos ubicábamos relativamente cerca de la población civil. En esta zona no se ven muchas fincas, la luz es escasa y el agua solamente se consigue a través de mangueras; sin embargo, a unos pocos metros de donde estábamos había una tiendita.

Eran casi las cuatro de la tarde y el cielo comenzó a ponerse gris, un gris que se difuminaba con las nubes; oscurecía y un silencio rotundo se instaló entre nosotros. Me sentí extraño, pero no presté atención a esa sensación y busqué la manera de terminar el silencio; entonces le hablé a 'Waso' (lo llamábamos así en el área de operaciones, ya que, por seguridad, no decimos los nombres), un compañero que lleva 13 años como soldado profesional y me ha enseñado muchas cosas.

— Y entonces, 'Waso', ¿ya pudiste hablar con tu mujer?

— No, marica, no he encontrado señal. Ella ya sabe que cuando duro muchos días incomunicado es porque es una zona difícil. Apenas pueda, me toca llamarla, para que se relaje y no se azare.

— Parece, yo no he podido hablar con mi vieja tampoco. Ella también ya está mentalizada a que no se puede llamar siempre. Más bien, camine a la tiendita y compramos gaseosita —respondí.

Recuerdo que hicimos vaca entre los tres y compramos gaseosa con pan. El gris del cielo se acentuaba. Lo contemplé mientras tomaba la gaseosa y me devoraba el pan.

De repente, comenzamos a escuchar que el viento alteraba su sonido con el zumbido de alas agitadas, que velozmente se nos acercaban. Eran polillas volando hacia nosotros, incontables como los árboles y de pálido color. Se camuflaron dentro de nuestras guerreras²⁹, impacientes y aceleradas, como quizá nunca antes las había visto.

²⁸ PAC: el Puesto Avanzado de Combate está conformado por un total de 5 a 10 hombres que hacen parte del pelotón, y que van a prestar seguridad en un área específica.

²⁹ Prenda de botones pixelada que hace parte del uniforme militar

Nos quitábamos las polillas de todas partes, pero fue en vano; incluso se metieron dentro de la gaseosa. Eran casi tres veces más grandes que una mosca y salían de todas partes.

Cerca de las cuatro y veinte de la tarde, las polillas se empezaron a alejar de nosotros, poco a poco, hasta desaparecer. Solo quedaron las de la gaseosa, muertas, dentro del envase. Sentimos la brisa sin pronunciar palabra alguna; tuvimos miedo, pero no sabíamos con precisión por qué. No era por las polillas, porque, a pesar de la cantidad, no nos hicieron nada. No era por el silencio o por no llamar a la familia; parecía como si las polillas afanosamente se hubieran acercado a nosotros a advertirnos que algo iba a ocurrir.

A las cuatro y treinta todo estaba oscuro, parecían ya las seis de la tarde. A los cinco minutos, pasaron dos motocicletas con piloto y copiloto. Nos dimos cuenta de que en la parte de atrás llevaban algo tapado. No pararon; antes bien, aceleraron por el puesto de control y se acercaron hacia nosotros llevándose lo que encontrarán a su paso.

López reaccionó, botó la primera moto al piso. El piloto tuvo destreza y logró levantarla, siguieron adelante, la tropa fue a buscarlos. La otra moto, la que estaba cubierta en la parte de atrás, los intentó seguir, sin éxito; se cayeron, el piloto se paró y huyó hacia la carretera. El otro se estaba levantando del piso, y en ese momento 'Waso' le disparó antes de que él me disparara a mí, al apuntarme en la frente a menos de tres metros de distancia. Como pudo, y herido en el estómago, corrió hasta el borde de la carretera y al sentirse acorralado se lanzó, cayó a un abismo de tres metros de altura.

Pusieron la alarma, llegaron refuerzos. En ese momento, mientras algunos compañeros bajaron al abismo, otros se quedaron haciendo inspección de la moto y el cargamento que pretendían pasar: 2 ametralladoras, 4 fusiles, 20 proveedores y una maleta con plata, que venía cargando el que se lanzó al abismo, la cual botó antes de salir corriendo.

Bajé al abismo a ayudarles a mis compañeros. Aún me sentía conmocionado por lo que había pasado, porque sentí la muerte muy cerca. Entre diez le improvisamos una camilla con cabuya, pita y con las guerreras. Lo amarramos del tronco, el pecho y el estómago. Una persona herida pesa más de lo normal; entonces, debíamos hacerlo con cuidado, para no lastimarlo, y le atamos las manos, para evitar que nos hiciera daño. Lo sacamos de allí y enseguida lo revisó el enfermero de combate: le dio agua, le puso suero y le hizo curación en las heridas. Esa noche

no dormimos, subimos el cerro y entre todos nos turnábamos para cargarlo. El comandante pidió apoyo para sacarlo helicoportado.

A las doce de la noche seguíamos atentos, esperando a que llegara el helicóptero y prestamos seguridad en el perímetro. No habíamos comido nada. El soldado de inteligencia le hizo varias preguntas al herido:

—¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿Quién lo envió?

Él estaba mal; intentaba pronunciar palabras, sin conseguirlo; y con mucho esfuerzo, dijo:

-Dí... ganle a mi familia que los quiero mu... cho.

El hombre, alto, delgado, de tez blanca y de 22 años aproximadamente, ya estaba agonizando y decía cosas extrañas. Suspiró por última vez y sus ojos se cerraron. Comenzó a llover muy fuerte.

Esa noche no dormimos, por temor a que llegaran más motos con elenos enferrados; temíamos que nos pasara algo. Nos seguimos moviendo hasta lo más alto del cerro, para recibir el helicóptero que en cualquier momento llegaría. Caminábamos cargando al muerto, al eleno que podía ser cualquiera de nosotros: de nuestra edad, con familia y peleando una guerra que parece no tener fin.

Los rayos le iluminaban su rostro empapado y moribundo; no dejaba de llover y yo no dejaba de pensar en la familia de él y en las razones que tuvo para militar con el ELN.

Recordé las polillas, sus alas agitadas en mi rostro, en mi ropa y en mis compañeros horas antes del acontecimiento. Parecía que la naturaleza me estaba enviando una señal desesperada; las polillas nos llevaban un mensaje, profesaban lo que estaba a punto de ocurrir. Agradecí a Dios que el de la camilla no fuera yo y que no tuvieran que darle una mala noticia a mi madre. Suspiré y pensé en lo incierta que es la vida; especialmente, en este trabajo. Me invadió una emoción en el pecho al saber que volvería a llamar a mi mamá y que nuevamente vería el amanecer.

Llegamos al punto a *hacer la H*. Le llamamos así al terreno apropiado en el que aterrizó el helicóptero, el ave o *la papaya*, como a veces le llamamos, y entonces el humo avisa la ubicación específica.

El humo puede ser artificial, que son granadas de colores, o natural, que fue el que utilizamos ese día y se hace con hojas muy verdes, para que cuando se vayan quemando hagan suficiente humo; también, con madera, aunque fue muy difícil, porque todo estaba mojado. Entonces nos tocó tumbar un árbol y pelarlo para extraer madera seca, que es la que saca chispa y prende. Poco a poco, pusimos hojas encima, para fortalecer la llama. Minutos después el ave nos detectó, bajó

y embarcó al eleno que yacía muerto entre las hojas y nuestras guerreras. 'Waso' también se fue con ellos.

Una vez cumplimos con el deber, salimos a otro punto a buscar agua. En El Catatumbo hay minas y zonas cocaleras que requieren agua para su crecimiento. Por experiencia, sabemos que donde hay coca, hay agua. También buscamos luz, y por fin pudimos comer. Nos faltaban dos meses para salir de allá. Estaba exhausto.

Uno como soldado tiene experiencias con la naturaleza que muchas veces la gente no sabe ni se imagina. Nosotros hemos podido ver sus dos versiones: por un lado, tanta belleza, abundancia y majestuosidad en sus paisajes y creaturas; pero, por otro, lo tenebroso e inexplicable que puede moverse en medio de la oscuridad de su selva. Siempre he disfrutado los paisajes que voy conociendo en cada área, son vistas maravillosas. Uno cuando está en lo más alto ve el amanecer en primer plano. Un espectáculo en el que no hacemos fila, ni pagamos entrada.

Recuerdo que una vez la luna llena se veía muy cerquita desde donde estábamos; nos parecía que la podíamos coger y abrazar o que pudiéramos morderla. La sensación fue increíble; era una luna rojiza y brillante. La contemplé. Uno en el área, sin televisor y muchas veces sin celular, por la poca señal, tiene mucho tiempo para pensar y conectarse con lo verdaderamente importante: la vida, el aire, la energía.

También hay días difíciles; muchos quieren ser soldados, pero no todos aguantan porque es una carrera difícil, de mucho sacrificio y de arriesgar la vida, incluso por la misma naturaleza, y no necesariamente porque haya una emboscada; puede ser un río que se creció, un alambre, un hueco, un árbol que se caiga en plena tormenta. Aquí se aprende a sobrevivir. Entonces, en casos como estos, la naturaleza nos inspira temor y respeto.

Nosotros también aprendemos por dónde pasar y por dónde no, porque, si llueve mucho, las cascadas se crecen, el barro también y, en ocasiones, la selva puede ser enemiga de nosotros, pero uno se va adaptando a ella. Con la naturaleza también aprendemos, de cierta forma, a creer en eso intangible o espiritual que sucede en el área, porque son cosas que nosotros vivimos en carne propia, como lo que aquí les relato.

No supe nunca más del eleno, y aunque ya ha pasado tiempo, como una foto que se acaba de revelar, tengo latente el recuerdo de su rostro apuntándome con un arma en la frente, y también, ese mismo rostro muerto y frío horas después. Veo todavía su cuerpo agonizante y temeroso. Veo polillas impetuosas que revelan profecías.

Referencias

Asawaa. (2017). *La iguaraya fruto del cactus guajiro*. <https://asawaa.com/la-iguaraya/>

Forestal Maderero. (2021). *Desde la semilla hasta el usuario final*. <https://tinyurl.com/y2znub4a>

Mincultura. (s.f). *Wayúu, gente de arena, sol y viento. Caracterización de los pueblos indígenas de Colombia*. <https://tinyurl.com/3puu3yjm>

Polo, N. (2018). *El sistema normativo Wayúu. Módulo Intercultural*. Universidad Sergio Arboleda. <https://tinyurl.com/mrytucr8>

Vargas, K. (2017). *Yonna o "chichamaya", un baile guajiro*. El campesino.co. <https://elcampesino.co/yonna-chichamaya-baile-guajiro/>

Real Academia Española & Asociación de Academias de la Lengua Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.a ed.). Recuperado de <https://dle.rae.es> (Versión digital 23.7 actualizada en 2023).

Sáez, A. (2021, 3 de abril). *Malambo, término medio entre la hechicería y la farmacopea popular*. <http://tinyurl.com/562m39ff>

Capítulo 3

Relatos Amazonas*

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663.03>

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Escuela de Armas Combinadas del Ejército

Resumen: El presente capítulo condensa las historias de vida de cinco soldados del Ejército Nacional, las cuales develan o se aproximan a la materialización y configuración de sus subjetividades, objetivo esencial en la investigación *Análisis de la subjetividad del soldado regular y profesional del Ejército Nacional de Colombia a través de las narrativas y construcciones del yo*, y como resultado del trabajo de campo realizado durante julio de 2022 en el Amazonas. La investigación tuvo un enfoque cualitativo, en la cual se aplicaron diversos instrumentos de recolección de datos, como la observación participante, la entrevista semiestructurada, los métodos biográficos y las historias de vida, cuyos resultados permitieron identificar, además de otros elementos, la identidad indígena, la cultura ancestral, la riqueza amazónica, las experiencias en la selva y la pertenencia al territorio, toda vez que en la actualidad pertenecen a batallones de esta zona del país. Los relatos que a continuación se presentan dan cuenta de las configuraciones subjetivas de los soldados y de la posibilidad de existir y evocarse desde la narración y las construcciones del yo.

Palabras clave: Amazonas; relato; soldados; indígenas; *tikuna*; territorio.

* Capítulo de libro resultado del proyecto de investigación *Análisis de la subjetividad del soldado regular y profesional del Ejército Nacional de Colombia a través de las narrativas y construcciones del yo*, del Grupo de Investigación para la Capacitación Militar (GICAM), de la Escuela de Armas Combinadas del Ejército (ESACE), y registrado con el código COL0160714. Los puntos de vista y los resultados de este capítulo pertenecen a los autores y no necesariamente reflejan los de las instituciones participantes.

Relatos y píxeles:

Memorias de soldados detrás del uniforme

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Periodista, Fundación Universidad Panamericana, Colombia. Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Magíster en Escritura Creativa, Instituto Caro y Cuervo, Colombia. Investigadora y docente, Escuela de Armas Combinadas del Ejército y Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD). Experiencia en investigación narrativa y en proyectos de escritura comunitaria.

<https://orcid.org/0000-0002-1365-7373> - Contacto: wendy.mendez@cedoc.edu.co

Citación APA: : Méndez Velásquez, W. V. (2024). Relatos Amazonas. *Relatos y píxeles. Memorias de soldados detrás del uniforme*. (pp. 65-88). Sello Editorial ESDEG. <https://doi.org/10.25062/9786287602663.03>

RELATOS Y PÍXELES:

MEMORIAS DE SOLDADOS DETRÁS DEL UNIFORME

ISBN impreso: 978-628-7602-65-6

ISBN digital: 978-628-7602-66-3

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663>

Colección Derechos Humanos y DICA

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2024



La boa negra, el duende y el muchacho encantado¹

Desde niño escuchaba las historias que contaban mis padres sobre la Patasola², la boa negra³, el muchacho que se encantó en el Amazonas y otras tantas que hicieron que fuera construyendo un concepto sobre este territorio, siempre con la curiosidad innata de niño por quererlo comprobar con mis ojos y percatarme de si solo eran leyendas o si el paso de los años confirmaba esas historias personales y colectivas que hacen parte de las comunidades en Amazonas.

Aprendí a cazar desde los 12 años. Mi padre, Antonio González Ramírez, me enseñó:

—Mijo, este oficio es lo que lo va a mantener cuando sea más grande; tiene que aprender y hacerlo bien.

Esa vez me explicó la forma de lanzar la flecha; también, a remar de una forma distinta, para no mover demasiado el agua y espantar a los peces; cómo coger la escopeta para evitar accidentes, y así sucesivamente. Recuerdo que en mi primera clase de pesca con él logré coger cinco pirañas negras, y mi papá, solamente dos.

¹ Edinson González López. Nació en Estrecho, Putumayo, y fue criado en Tarapacá, Amazonas. Nació el 5 de enero de 2001 y tiene 22 años. Sus anhelos son estudiar sistemas y agricultura, trabajar fuerte y apoyar a sus padres, así como ellos lo han hecho con él. También sueña con conocer otras ciudades de Perú. Le gusta cultivar y sembrar en la tierra y es amante del microfútbol. Le gustan el rap y la música electrónica.

² Existen diferentes versiones en torno a esta leyenda: algunas afirman que se trata de una mujer hermosa que atrae a las personas, para luego transformarse en una fea y desproporcionada creatura; otros aseguran que es un ser amigable, guardiana de la selva, los animales y la naturaleza.

³ Reptil que puede llegar a medir más de 2 metros de largo y ser dos veces más grueso que el muslo de un hombre. Vive en árboles de ramas retorcidas, pero también puede ser vista a la orilla del río. Se dice que cuando están hambrientas, las boas son capaces de devorar un caimán o un venado entero, y luego reposan por varios días. Los nativos creen que la boa negra está dotada de poderes mágicos (La boa negra de la selva amazónica, 2022).

Me fui feliz para la casa, y desde entonces siempre quería acompañarlo y pescar con él.

En una de esas tantas salidas a cazar, a las siete de la noche, mi padre y yo conversábamos mientras emprendíamos camino selva adentro y yo lo seguía y escuchaba atentamente:

—Edinson, póngame cuidado. En la vida uno nunca va a ser más que el otro: siempre tiene que ser neutro, ir en una sola dirección sin creerse más o menos que otras personas. Si alguien habla mal de usted, eso es cuestión de ellos, y sus afirmaciones no necesariamente tienen que ver con usted. Fíjese siempre de quién viene la crítica y la intención de esta, pero no le bote mucha mente a lo que le perjudica y a lo que otros digan sobre usted.

—Sí, papá, yo a usted lo escucho siempre —respondí, mientras quitaba un palo delgado y pesado que estaba atravesado en el camino.

Papá se adelantó, y yo, de un momento a otro, me vi perdido; ya no lo encontré más y su figura se esfumó entre los árboles. Por entonces, mamá me había contado la historia del duende: un personaje que tiene el tamaño de un niño de 8 años, con pelo abundante y espeso que se la pasaba recogiendo huesos de los antepasados. Si las personas comenzaban a perder su camino y se dejaban llevar por él, desaparecían para siempre.

Me vi, entonces, en medio del camino, solo. Sujetaba con fuerza la linterna acechada por mosquitos. Me quedé quieto, se me erizó la piel y me sentí confundido. Pensé en regresar al punto inicial, con la esperanza de que mi papá me buscara allí; sabía cuál era, porque dejé ramas quebradas como señal de ubicación e inicio del camino. Luego de un largo rato de esperar y suplicar, finalmente él llegó:

— ¿Por qué no me estaba siguiendo, hijo?

— Papá, yo lo estaba siguiendo, pero dejé de verlo, y cuanto más intentaba alcanzarlo, más se alejaba de mí, hasta que lo perdí entre los árboles; parecía que yo iba como en otro camino, hacia otro lado.

—Edinson, hijo, eso fue el duende, que lo quería llevar con él.

—Papá, yo no vuelvo a cazar de noche.

Esa experiencia siempre la recuerdo y la he contado a otros. En mi comunidad (tikuna) las historias y experiencias se transmiten de generación a generación, y esto nos ayuda a preservar la cultura y, también, toda esa visión que tenemos sobre el territorio, la naturaleza y las cosas extrañas que ocurren en ella.

De todas las historias que mamá nos contaba a mis hermanos y a mí, la que más me impresionaba era la de la boa negra, porque ella es muy poderosa y

peligrosa; inclusive, mucho más que la anaconda, que es tan común en Amazonas; por ella fue que un muchacho se encantó aquí, y todos conocemos ese suceso.

Según los relatos de mi madre y de mi abuelo, ese muchacho tenía 15 años y siempre le gustaba engañar a los demás diciendo que se estaba ahogando; la gente iba y lo ayudaba, pero se daba cuenta de que no era cierto, hasta que llegó el día en que todos dejaron de creerle. Él se ahogó y no volvió a salir del agua. Sus padres, preocupados, fueron a buscar a chamanes muy poderosos de la región, para que averiguaran qué le había pasado. Según la sabiduría y revelación que ellos tuvieron, les dijeron que él había sido encantado por una boa que tomó forma de una mujer hermosa y lo condujo hacia lo más profundo del río, y se hundió.

Uno de los chamanes les indicó que debían preparar una fiesta para él, y que cuando se asomara y saliera del agua, ellos se escondieran. Cuenta mi abuelo que era una única oportunidad para recuperar al hijo en cuerpo y alma. Luego, cuando el chamán les dio la señal, todos salieron y caminaron hacia él. Sintieron que una fuerza sobrenatural les impedía regresarlo a este mundo y que pisara tierra. Era tal su fuerza que se rindieron. Él se sumergió de nuevo y no volvió a salir jamás. Desde entonces, dicen que ronda Putumayo y Amazonas, o es lo que se comenta entre las personas que afirman haberlo visto alguna vez en su vida.

La boa negra toma forma de pequeñas lanchas, de mujer o de animales como la boruga⁴. Yo solamente la he visto una vez en mi vida. Iba con mis padres de carcería, pero ella estaba dormida. Seguimos nuestro camino sin llamar su atención, y al retorno ya no estaba. Luego vimos a una lanchita vacía en medio del río, pero se nos hizo extraño, porque en ese punto del río no era fácil que una lancha estuviera, y menos, a esa hora. Entonces, poco a poco se fue hundiendo y, sin pensarlo dos veces, nos fuimos de allí.

La realidad es que para matar a ese animal toca con un secreto, porque así le den machete ella queda viva. Los señores de la región, que tienen muchos años de experiencia cazando, y que conocen mucho a la naturaleza, sí saben el secreto, pero es muy difícil que lo revelen. Se ha sabido de casos en los que el cartucho no revienta cuando las personas intentan dispararle a la boa negra; dicen que ella les bloquea la escopeta. Le atribuyen mucho poder, pero a otros nos da mucho miedo.

Aclaro que Amazonas no solo tiene esas historias, sino que es mucho más que eso. La naturaleza que alberga, sus árboles, el río, los animales, los frutos, es lo que nos mantiene vivos. Es el pulmón del mundo, y nosotros respiramos un aire

⁴ Mamífero roedor de tamaño pequeño, y que vive en la Amazonía. Su carne es de sabor similar al de la carne vacuna y es apreciada por turistas y lugareños. (Yauda.org, 2014).

muy puro, un aire que de verdad se siente que recarga de energía, limpia el cuerpo, nos da vida.

Mi papá frecuentemente me dice que no siempre en Amazonas se va a poder vivir de las cosas que llegan de otros lugares o de las cosas que se consiguen en las tiendas, sino que lo seguro que tenemos es lo que la naturaleza nos da, lo que nosotros sembramos, los frutos, la caza, los pozos. Y así es como nos mantenemos.

A mí, por ejemplo, no me gusta botar basura. Si tengo un papel que no necesito o que me estorba, yo lo guardo en el bolsillo y cuando veo una caneca lo arrojo. Me gusta sembrar desde muy chiquito y ayudarle a mi mamá en la chagra⁵. Es una de las cosas que más disfruto hacer.

Cuando estudiaba, por ejemplo, recuerdo que siempre llevaba mis maticas al colegio, para sembrarlas; sobre todo, mango y pomarrosa⁶.

Aquí en el Ejército, por ejemplo, en el 2022 sembramos 120 matas de asaí⁷ en el vivero de la base de Tarapacá. Eso fue con mi sargento López, mi cabo Fernández y tres compañeros del curso. Nos eligieron a nosotros porque ellos preguntaron que quién sabía sembrar y cuidar las plantas, y entonces nos postulamos. Fue una experiencia muy bonita, porque es dejar una semilla y ver cómo después, con el paso del tiempo, va creciendo y va ocupando un espacio en el vivero.

Yo desde pequeño quise prestar el servicio porque era mi sueño, lo anhelaba. Y siento que uno cuando es soldado aprende muchas cosas: ser aseado, ser conscientes de que los padres y la familia ya no van a estar ahí y uno los va a extrañar, a ser educado, disciplinado, ejercitarse; pero todo eso lo atesora quien realmente cree que le sirve para algo en la vida, porque hay otros compañeros a quienes eso no les interesa o no les importa. Yo quería ser alguien en la vida y que mi familia se sintiera orgullosa; mi idea es seguir saliendo adelante y cumplir mis sueños. Sé que con pequeños pasos uno logra lo que se propone.

Yo entré al Ejército el 5 de febrero de 2022; me hacen falta 6 meses para salir. Siento que soy afortunado de estar en esta base, porque, en comparación con otras regiones del país, esta no es caliente. Son muchos los territorios a los que ninguno de nosotros quisiera ir a patrullar, porque son de mayor complejidad o son

⁵ Espacio sagrado para los indígenas, y que funciona como escuela de saberes autóctonos para niños y jóvenes. Lugar en el que se siembra y es considerada fuente de alimento (Gaia Amazonas, 2023).

⁶ Fruto que se da solamente dos veces al año en regiones como la Amazonía. Es similar a la manzana y a la pera pequeña, se consume principalmente en su estado natural y se encuentra en preparaciones como jugos, jaleas o mermeladas (Vargas, 2015).

⁷ Contiene múltiples vitaminas, proteínas, fibra, aminoácidos y hasta 30 veces más antioxidantes que el vino tinto. Fruta que estimula la energía y fortalece el sistema inmunológico, elegido alimento indispensable en algunas comunidades indígenas del Amazonas.

hostiles. Sumado a ello, estar lejos de la familia y asumir tantos riesgos no es nada fácil. Yo aprendo mucho de los soldados profesionales, que son quienes nos cuentan sus experiencias en esas áreas y nos dan cartilla, como decimos aquí.

Mi mamá nació en Perú, en El Estrecho, y mi papá es brasilero. Yo fui criado en El Estrecho como hasta los 5 años. Allá yo compartía con mis primos y vivíamos todos en la casa de la abuela. Al frente quedaba la escuelita, a la que yo fui a aprender. Me crié en la chagra porque mi abuela la tenía en la parte trasera de la casa, y nosotros, con mis hermanos y mis primos, íbamos a comer las frutas que sembraban. También había plátano, yuca, caimo⁸, guama⁹ y arazá. Jugábamos al pistolero, escondidas, yermis¹⁰ y el avioncito¹¹ (golosa).

Luego nos vinimos a Colombia, porque mi tío mató a la que era su mujer; estaba borracho y cometió un error. Nosotros nos quedamos en Tarapacá, y ya luego yo ingresé al Ejército.

Para mí, ser tikuna es algo muy bueno porque uno adquiere mucha sabiduría y enseñanzas importantes para la vida. Yo aprendí sobre nuestras fiestas tradicionales, a pintarnos el cuerpo de negro con el tinte que da el árbol de la genipa¹², y todas las costumbres que nos han inculcado desde niños. Hay algo que es muy importante para nosotros y es tener en claro los clanes con los que no nos podemos mezclar. Mi clan es “El Tigre”, y yo no me puedo mezclar con “La Garza”, porque, supuestamente, no podemos meternos con personas de la misma familia o que tenemos la misma sangre; pero esto no siempre se cumple.

⁸ Es un árbol frutal tropical que mide entre 10 a 35 metros de alto, aproximadamente. Esta especie es de la Amazonía, y su fruto es amarillo brillante y de textura lisa (Sistema de Información sobre Biodiversidad en Colombia [SIB], s.f.).

⁹ Se trata de una planta nativa que generalmente fructifica en tiempo de lluvias, y cuyo fruto es suave y dulce. Esta planta silvestre se encuentra en la Amazonía, América Central y las Islas del Caribe (Putumayo, s.f.).

¹⁰ Juego infantil tradicional de la cultura popular, originario en San Andrés y Providencia, y que incluye tapas de lata de gaseosa como eje principal del juego, además de una pelota de caucho y, en algunos casos, un bate.

¹¹ Avioncito, o golosa, es un juego que puede tener diversos nombres de acuerdo con la región del país, y proviene de la época en la que el hombre sentía la necesidad de plasmar en la tierra lo que veía en el cielo. Se marca una especie de avioncito con tiza en el pavimento, con números y cuadros demarcados. Se juega con una piedrita, y los jugadores deben tener buen sentido del equilibrio. El juego se acaba cuando uno de los jugadores haya atravesado todo el avioncito sin equivocaciones, y finalmente, toque el *cielo* (Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, 2022).

¹² Árbol de tamaño pequeño que alcanza los 15 metros de altura. Su fruto, flores, hojas y corteza son utilizados por sus propiedades curativas y medicinales. Además de ser alimento para algunas comunidades del Amazonas, es pigmento para la piel en los tikunas, quienes se pintan con dicho material para purificar sus almas y cuerpos (SIB, s.f.).

Mi comunidad es tikuna, pero le dicen “Bajo Cardozo” porque somos varias comunidades. También hay otras, como “Centro Cardozo”, y cada comunidad que lo conforma tiene su nombre: tikuna, cocama, huitoto, y centro de Tarapacá.

Yo, desafortunadamente, no hablo muy bien el tikuna; no me lo enseñaron desde pequeño, y es algo que es muy común en las personas de mi edad. Es más frecuente que se hable portugués o español que el propio tikuna. Yo sé palabras muy básicas, como saludar, dar las gracias, despedirme, pero no puedo sostener una conversación.

Una amiga, que se llamaba Limmi, me estaba enseñando. Lastimosamente, ella ya murió: ¡En paz descanse! Tenía 15 años y la conocí a través de mi cuñada; era de Cañabrava. Dicen que se tomó un veneno porque el papá no la dejaba tener novio y la sobreprotegía mucho. Parece que lo que se tomó fue un Decol. Desde entonces, yo no he vuelto a hacer el deber de aprender.

Yo también perdí a mi mejor amigo; *mi amigo hermano*, le decía yo. Me dolió mucho, porque él siempre estuvo conmigo en las buenas y en las malas. Sigo sin superarlo.

Resulta que a él le hicieron la maldad. Un brujo de aquí de la región le hizo maldad para que él mismo se ahorcara a los 17 años; lo hizo en su propia casa. Yo nunca vi nada raro, él no me mencionó que quería morir o algo similar. No sospeché ni presentí nada; de hecho, cuando eso pasó, yo estaba en el pueblo llevando una comida a la comunidad, porque mi mamá en ese tiempo era la curaca¹³, y entonces se encargaba de estar pendiente de las cosas que hacían falta, lo que se debía hacer, organizar, gestionar, tener limpia la maloca y ayudar a las personas; eso lo hacía con mi papá.

Yo regresé al pueblo, y recuerdo que iba a jugar micro y de un momento a otro, como a las 5:30 de la tarde, mi hermano me dio la noticia. Lo tuve que ver con mis propios ojos para creerlo; me asomé a su casa y vi cuando lo sacaban en una camilla. El día del velorio me quedé toda la noche con él, sin todavía aceptar lo que estaba pasando: no volvería a verlo jamás.

La gente hace maldad aquí, eso también es muy común. Utilizan los poderes que otorga la naturaleza y estudian para hacerle el daño a la gente y no les importa si son pelados jóvenes. Es algo con lo que uno debe estar alerta, y también los papás nos advierten siempre: evitar problemas y no estar con personas que tienen esa fama.

¹³ Nombre que se le asigna a la autoridad tradicional indígena, la cual es elegida por la comunidad.

Aunque perdí a mi amigo, la vida sigue, y yo ahorita me siento feliz de ver que estoy logrando mis objetivos. No puedo negar que prestando servicio he tenido varios problemas con mis compañeros, pero como no quiero dañar la conducta me aguanto y trato de tener paciencia, porque ya me queda poco tiempo. Me gusta evitar problemas y lo que sé es que uno puede verse a diario con muchos compañeros, pero uno, a la final, muchas veces no sabe nada de ellos, ni ellos de uno. No es fácil confiar en las personas y son pocos a los que verdaderamente los llamo amigos y se han convertido en mi familia aquí.

Yo sueño con tener mi propia casa y criar pollos para la venta, sembrar y seguir estudiando, pero estudiar cosas que me sirvan para mi realidad, como el cuidado de la naturaleza, la agricultura, proyectos con la comunidad y cosas así. Creo que esto se lo debo a mis padres, que me han enseñado siempre a trabajar y a pensar en el otro, en hacer el bien sin mirar a quién. Si tengo familia, espero poderle transmitir esos saberes y enseñarle lo que significa ser tikuna y ser buena persona. Espero aprender y apropiarme la lengua para enseñarle a mi generación, porque nuestra lengua es identidad y la forma como en mi comunidad se describe y se define al mundo.

También espero contarles las mismas historias que me contaron a mí de pequeño; lo que viví con el duende y todas las leyendas que terminan siendo ciertas aquí en Amazonas, un territorio que es hermoso, pero que también está lleno de misterios y secretos.

“Llevamos la misma sangre”¹⁴

“Jaminton, su hermano acaba de morir”. Estas fueron las palabras de mi madre cuando me llamó por teléfono. Aún en mi mente permanece intacto el océano que se abrió entre mis huesos, la piel y mi alma; lo invadió todo. Me arrastró con su fuerza y me ahogué en sus entrañas azules y profundas.

Cuando alguien muere, intentamos, sin éxito, buscar las palabras que nos sirvan para expresar ese desgarramiento del alma; cuchillos en ráfaga, que aniquilan el suspiro, nos debilitan, nos hacen leves, indefensos, silenciosos. La muerte nos recuerda la vulnerabilidad humana, la descomposición, la supresión del ser.

Solamente quería lanzarme a ese vacío infinito, entregarme al océano, dejarme arrastrar por él hasta desaparecer, asfixiarme y morir también. Sentirme cerca de él: de mi hermano, mi hermanito. Mi amigo, cómplice, confidente, mi otra mitad, mi sangre, mi alma.

Durante días me entregué por completo a un silencio largo, que crecía y crecía hasta llenar el mundo. Nada estorbaba, nada significaba.

Encontré al baloncesto en medio de mi soledad. Me obsesioné con él, entrenaba todos los días, lo hice parte de mi vida. Jugaba para olvidar, hacer mi existencia menos dolorosa y tener un motivo para salir de mi cama. No hizo que superara la pérdida de mi hermano, pero me ayudó a acostumbrarme a vivir con el dolor y me permitió sacar a flote los sentimientos que no se nombran, o que, por lo menos, yo no he podido nombrar.

Mientras jugaba, llegaba a mi mente como *feedback*, el rostro cansado de mi hermano. Su enfermedad le cambió hasta el color de la piel. Su mirada era triste como el gris del cielo y el frío que no se agota con una taza de café o el calor de un abrazo. Sus labios, resecaos, amarillos y blanquecinos, con esfuerzo pronunciaban: “Te quiero, hermanito”. Yo encestaba por él, corría por él, imaginaba que estaba sentado en las graderías evocando a gritos palabras que me alentaran y me hicieran creer.

Imaginaba que él, mi hermano, estaría orgulloso de mí si encontraba una vida digna y le ponía fuerza. Lo imaginaba aplaudiendo, pegándose en la cabeza y llevándose a tomar una cerveza fría para celebrar la victoria. Lo imaginaba en todas partes y, cuando cerraba mis ojos al dormir, estaba ahí, lo soñaba. Algunas veces me parecía estar enloqueciendo.

¹⁴ Jaminton David Cheiva. Nació en Amazonas. Sueña con construirles una casa a su esposa y su hijo, y presta servicio como soldado regular en el Batallón de Infantería de Selva N.º 50, Gr. Luis Acevedo Torres, en Leticia, Amazonas. Tiene 19 años y es dragoneante en su compañía.

Al mes de que él muriera, mi novia me dijo que estaba embarazada. Mi hermano se fue, pero sentí que volví a nacer cuando vi por primera vez a mi hijo y lo sostuve en mis brazos. Lo contemplé, lloré, creía que estaba alucinando.

Este año mi hijo cumple 2 años, y mi hermano, tres de muerto.

Mi presente

Desde peladito siempre quise ser militar. Se lo decía a mi hermano, pero no le gustaba mucho la idea, porque le daba miedo que algo me pasara y llegara a verme inmóvil en una cajita de madera, que me perdiera para siempre. Sin embargo, en el colegio, cuando me preguntaban qué quería ser de grande, sin dudarlo ni por un segundo, respondía: “Yo quiero ser soldado, prestar el servicio, portar con orgullo el pixelado”.

Es mentira decir que ser de las filas del Ejército Nacional es una decisión fácil; todo lo contrario, se necesita mucha convicción y fuerza para no salir corriendo ante la primera dificultad o de frente con la muerte, ante el primer disparo y las largas horas de camino incierto, ante el recuerdo de la familia, los amigos, la comida de la mamá, la cama caliente y la sonrisa sagrada de un hijo.

De cualquier forma, mi decisión se convirtió en convicción. El cuerpo se acostumbra al intenso entrenamiento que empieza en la mente; todo está ahí, en la fuerza de los pensamientos. Esa es la primera batalla que se debe ganar: la de la mente.

Hice el curso de dragoneante¹⁵. Me gustó la experiencia y todo lo que aprendí y que he podido poner en práctica en el batallón. No lo pensé dos veces, cuando a uno le apasiona algo, no hay dudas, solo firmezas. Para mí, es un orgullo ser soldado, aquí me he hecho fuerte, me he sentido útil, sirvo a mi país y eso no lo hace cualquiera, se debe también tener amor por esto, vocación.

Otra de las cosas que me hacen sentir privilegiado y agradecido con Dios es estar en Amazonas. Para mí la naturaleza es paz, armonía, reconocimiento propio, reflexión y amor. Prefiero estar en el monte a estar en el pueblo. Recuerdo que hace algunos años, antes de prestar el servicio, mi mamá me pidió que viviera con ella, y yo no tuve la necesidad de pensarlo, porque me gusta pescar, estar en medio de la vegetación, cazar y ayudarle a ella en lo que necesite: tostar fariña¹⁶, sacar yuca o limpiar la chacra¹⁷.

¹⁵ Soldado destacado que, tras ser sometido a un entrenamiento especial, obtiene un mando sobre otros soldados de su misma antigüedad o inferior a esta.

¹⁶ Harina hecha a base de yuca amarga, y conocida por ser alimento ancestral de los pueblos indígenas de la Amazonía (Gaia Amazonas, 2023).

¹⁷ Policultivo (varias especies de plantas que crecen asociadas y se complementan las unas con las otras) que no requiere fertilización ni uso de agroquímicos para el combate de plagas y enfermedades, lo que representa ventajas ecológicas (Enciclopedia digital Amazonas, 2022).

Me gusta también entender y escuchar a la naturaleza. Cuando uno va conociendo a los animales, las crías que ellos dan y la vida en ellos es algo hermoso. Me gusta observarlo todo, escuchar las aves al amanecer: las guacamayas, las loras, todas las especies de pájaros. También he podido ver otros animales, como las babillas y las culebras a las que he atrapado, y también las he comido. Su sabor es como el pollo. Aprendí todo esto con mi madre.

Responsabilidad del soldado con la naturaleza

Yo creo que el cuidado de la naturaleza es una de las cosas que más presentes debemos tener nosotros, como soldados, y en general, todos los militares, sin importar si son oficiales o suboficiales. Debemos velar por ella y protegerla, pero a veces nosotros mismos nos contradecimos y no damos el buen ejemplo a los civiles.

También debemos tenerle respeto, porque estar en el monte no es un juego. La selva amazónica es diferente a la selva de otras áreas del país. Muchas veces ha pasado que, si se llega a hacer algo indebido en el monte, algo que irrespete a la naturaleza, a uno le cae enfermedad, y pega duro. Aquí también se sienten mucho los espíritus, y por más que haya personas que se sientan expertas y cacaos¹⁸ en el monte, se debe tener en cuenta que Amazonas es completamente diferente a otras partes de Colombia.

Su selva mística y su majestuoso río inspiran belleza, pero también, respeto. Tantos saberes ancestrales y mitos que a uno le cuentan hacen que uno empiece a ver la selva de otra manera, no solo para patrullar y cumplir como soldado, sino también, para aprender de ella y tratar de entender lo sagrada que es y darle otro significado a este territorio, las malocas, las formas de vida, la sabiduría, la abundancia, pero también, las contradicciones, porque Amazonas ha sido saqueada y olvidada por gobernantes y dirigentes políticos.

La responsabilidad con nuestra selva amazónica es muy grande. Nosotros, como soldados, debemos evitar la tala de árboles porque cuanto más aumente la deforestación, más será el daño para nosotros, los seres humanos. La naturaleza nos lo da todo: gracias a ella podemos respirar, alimentarnos, tener material para tejer, porque algunos árboles nos dan esta materia prima, y también sacamos el caucho, pero nosotros no le devolvemos nada a ella, no somos recíprocos, y a veces ni las gracias le damos.

¹⁸ Expresión coloquial que utilizan los militares para referirse a una persona experta en algo o que tiene dominio y conocimiento en algo específico.

En Amazonas encontramos especies de árboles endémicas; es decir, que solo se dan aquí, en este suelo, en esta parte del país: por ejemplo, el asaí, que es una fruta exótica que crece en palmeras silvestres y se parece al arándano en su color y tamaño. Es una fruta deliciosa. Aquí se hace jugo y hay hasta helado de este sabor. También tenemos el aguaje, que es una fruta agri dulce y se le conoce como 'El árbol de la vida', porque tiene muchas vitaminas y minerales que benefician al cuerpo.

Aquí, en Amazonas, las mamás suelen preparar el casabe, que es el pan de Amazonas. Este alimento es de tradición ancestral indígena, que se hace con yuca, es crujiente y, generalmente, su preparación se transmite de generación a generación. Mi mamá lo prepara como los dioses, le queda delicioso; es como si inyectara todo el amor que tiene en esta preparación. Amazonas es un paraíso, nos da todo lo que necesitamos para vivir.

El conflicto armado y la naturaleza

Yo no soy quién para juzgar, pero yo creo que es tiempo de reaccionar. Yo soy consciente de que siempre habrá guerra; es triste decirlo, pero es lo que pienso: que la guerra nunca va a terminar, aunque todos lo anhelemos. Siempre habrá motivos para que las personas peleen, y buscarán la manera de que las cosas se hagan como ellos quieren, sin importar cuántas vidas se lleven por delante o el daño a la naturaleza.

No todo se resuelve con violencia. Yo soy partidario de que hay muchas formas de arreglar las diferencias y los problemas, pero nos falta pensar colectivamente y no ser egoístas, porque muchas de las injusticias y muertes que hay en nuestro país es por ideales egoístas que solo benefician a unos cuantos, pero nos perjudican a la mayoría.

Me cuesta decir esto, pero yo tengo dos primos que se fueron con la guerrilla. Ellos quisieron irse por voluntad propia, porque sufrían muchos maltratos de los papás. Algún día mi mamá llegó muy triste a la casa y me contó. Yo solo sentí rabia, y después, con el paso de los días, dolor. La pérdida gemía con mucha fuerza y se sentaba a mi lado todos los días, se vestía de tristeza y caminaba a mi lado. Yo le tomaba la mano, quería hacer las paces, pero ella siempre ganaba.

Mis primos están muy lejos. Yo sé que ellos en algún momento se van a arrepentir y, tal vez, quieran una vida diferente, o eso quiero creer. Yo solo quiero que no haya más muertes y que, al menos por un tiempo, podamos experimentar la paz, que no tengamos que apretar más el gatillo y que pensar diferente no nos lleve a matarnos los unos con los otros, porque podemos llevar la misma sangre.

“Quise prestar servicio militar en el país que me vio nacer”¹⁹

Soñaba...

Era de madrugada. Me hallaba en medio del bosque, vestía camuflado y botas militares. Corría intentando huir de alguien que nunca vi, pero que me perseguía, sentía su presencia. Luego, caí a un precipicio profundo y desperté perturbado, tras un movimiento brusco de mi cuerpo. Estaba en la casa de mi mamá, en Tabatinga²⁰, Brasil, lugar en el que viví por más de 15 años, a pesar de haber nacido en Leticia, Colombia.

Días después, estaba en el Batallón de Infantería N.º 50, en Leticia, prestando servicio militar. Por un momento pensé que ese sueño había sido resultado de la psicosis y ansiedad que me producía tomar esta decisión, porque, a pesar de que yo lo anhelaba siempre y era mi meta cuando cumpliera los 18 años, no sabía si era la decisión correcta.

Yo tengo un tío que fue soldado profesional y otro que es capitán del Ejército brasileño. Cuando yo estaba a punto de cumplir la mayoría de edad, mi tío me dijo que nunca iba a ser igual ser un soldado brasileño a ser un soldado colombiano, y que la exigencia del Ejército de Brasil es distinta a la que tiene el Ejército Colombiano. Me explicaba que los conflictos y necesidades de los países son diferentes, a pesar de que ambos fueran latinoamericanos. Yo quise experimentarlo por mí mismo, y no solo escuchar los relatos de mis tíos; eso me hizo tomar la decisión: vi al Ejército como la posibilidad de labrarme un futuro diferente, quise prestar servicio militar en el país que me vio nacer.

En mi familia también hay policías, y yo, desde pequeño, al ver que la mayoría de los hombres se convertían en militares o en policías, tuve el ejemplo y la inspiración de elegir el mismo camino y seguir la tradición. Sin embargo, mi papá no estaba de acuerdo con mi elección, porque él anhela que mis hermanos y yo seamos profesionales. De hecho, él pensaba que yo iba a ser un cocinero o un guía turístico, profesiones que son muy comunes en esta región por el turismo; pero yo preferí ser militar en vez de llevar todos los días a las personas a conocer los micos. Aclaro que yo no demerito esa profesión porque es muy importante; sobre

¹⁹ Michael Alejandro Cruz Ipuchima. Nació en Leticia, Amazonas, el 6 de octubre del 2003. Vive con su familia en la Isla La Fantasía, en el interior de la selva amazónica. Disfruta nadar, caminar por la selva y compartir con su familia. Sus sueños son conocer Río de Janeiro, Brasil, tener una finca para sembrar y una casa en el pueblo, y construir una familia.

²⁰ Ciudad brasileña ubicada al extremo oeste del Amazonas, en frontera con Colombia y Perú.

todo, aquí en Amazonas. Pero cuando me imaginaba estar haciendo siempre los mismos recorridos, estaba seguro de que me iba a aburrir.

Uno como ser humano, no quiere vivir todos los días lo mismo, y a pesar de que aquí, en el Ejército, uno adecúa unos hábitos y una disciplina, siempre se está aprendiendo algo nuevo: hay retos, actividad física, disciplina, aprendizaje. Todo el tiempo se adquieren nuevas experiencias.

Mi abuelo, el papá de mi mamá, es de Putumayo. Vivió un tiempo en Leticia, en donde conoció a mi abuela, que es hija de un brasilero. Mi mamá nació en Leticia y mi papá es de Bogotá. He sido criado con diferentes culturas, tengo raíces brasileñas y colombianas. De hecho, es muy común aquí en Leticia que las personas hablemos hasta tres idiomas: español, portugués y el idioma de la comunidad indígena. En mi caso, yo solo hablo español y portugués, porque, a pesar de que mi mamá fue nacida y criada en una comunidad indígena, no me transmitieron este saber, no conozco mi lengua indígena.

Recuerdo con mucha claridad que desde niño mi abuelo me enseñó a cazar y a pescar cuando íbamos en el bote. Durábamos varias horas sobre el río y, mientras pescábamos, mi abuelo me contaba sus historias, sus hazañas de joven y los mitos o realidades que él pudo comprobar de la selva. Con él y con mi abuela aprendí todas las labores de la finca, a tomar los alimentos que da la naturaleza y conocer sus propiedades. También, a cuidar a los animales y a sembrar. Con mi hermano mayor, Daniel, nadábamos y disfrutábamos de estar en la selva. Aprendimos a movernos en ella, a diferenciar los árboles, a guiarnos por la posición del sol, la dirección de las quebradas y por el río.

Cuando uno es criado en medio de la naturaleza, es difícil imaginar una vida lejos de ella. La mayoría de las personas prefieren la ciudad, pero yo prefiero el campo. Con la naturaleza me siento en paz conmigo mismo, el aire que se respira no tiene comparación, porque el pueblo tiene contaminación por los carros y las basuras. En el monte el aire es más puro, por todos los árboles y la vegetación que alberga. Yo encuentro una relación pacífica con la Madre Tierra porque ella me da todo lo que necesito, y mis abuelos me enseñaron a devolverle a ella sembrando, cuidando a los animales y a nuestro hermoso río Amazonas, el más largo y caudaloso del mundo.

A mí no me gusta la idea de viajar a Bogotá. Mi papá me dice que es completamente diferente a Leticia, pero que yo podría aprender a coger transporte y a saber moverme por la ciudad. Yo le digo que no, porque a mí lo que me gusta es caminar, y allá en Bogotá todo es lejos, es una ciudad muy grande.

Yo creo que los seres humanos le tenemos miedo a lo que no conocemos y a mí la capital me da temor. Sin embargo, quizás algún día me arriesgue a conocerla, porque también quiero viajar por el mundo. Por ahora, mi mayor anhelo es conocer toda Colombia y todo Brasil. Sueño con llegar a Río de Janeiro, y espero que el fruto de mi trabajo y mis ahorros me lleven allí. Tengo mi corazón dividido en dos: una parte le pertenece a Colombia, y otra parte, a Brasil.

Siento que todas las enseñanzas que mis abuelos me han transmitido de la naturaleza me han servido mucho en el Ejército y en la vida. Alguna vez, recuerdo que fuimos a pescar con algunos familiares y amigos; eran dos botes, y cuando llegamos a la orilla, los amarramos. Uno de estos se soltó por la fuerza de la corriente del río; nosotros nos habíamos dispersado y nos fuimos por grupos, yo me alejé por un momento y, cuando regresé, ya se habían ido. Ellos pensaron que yo me había ido en el bote que la corriente se llevó y dieron por hecho que ya no estaba allí. Me dejaron y duré tres días allí perdido, esperando a que me fueran a rescatar.

Por esos días yo pude poner en práctica lo que mis abuelos me enseñaron para sobrevivir. Por ejemplo, comía mucho *asa*²¹ y otros frutos que se dan en la selva, como el *aguaje*²². Lo que más me gustaba era comer *mojojoy*²³; uno le quita la cabeza y se lo come; sabe a pollo y alimenta mucho. Me encanta. También me ayudó mucho el agua de coco, porque el agua de la quebrada no es recomendable, puede hacer daño cuando uno no está acostumbrado.

Yo me siento feliz de haber nacido en el Amazonas. He tenido la oportunidad de experimentar una vida tranquila, rodeado de naturaleza y de diferentes comunidades de las que uno aprende mucho. Siento que el llegar a prestar servicio militar me ha ayudado a tomar consciencia del papel que nosotros, los soldados, tenemos con respecto a protegerla a ella y velar por conservar los recursos naturales.

Quiero y veo mi futuro aquí, en Amazonas. Quiero viajar y conocer otros países y lugares, pero quiero morir aquí, en la tierra que me vio nacer y que me lo ha dado todo. Me gusta la diversidad cultural que hay: gente de Perú, de Brasil y de Colombia unidos por el río Amazonas; la facilidad de pasar de una frontera a otra y conocer otras formas de vida, otras personas y otras formas de ver el mundo, pero unidos por el mismo río. Ahora solo espero que, al dormir, pueda tener sueños con

²¹ Fruta exótica también conocida como *palma murrapo*. Es similar a la uva o a los arándanos y es típica de la Amazonía. Esta fruta posee un alto valor energético y es rica en antioxidantes y fibra (BBC, 2022).

²² Su sabor es agrídulce y proviene del que es considerado "árbol de la vida". Sus vitaminas y minerales disminuyen el riesgo de enfermedades cardiovasculares, entre otras (Bienestar, 2013).

²³ Larva amazónica que es alimento de las comunidades indígenas, cuyos habitantes se las comen crudas, hervidas o asadas.

mi casa, mi finca y mi familia, para que, al despertar, me dé cuenta de que vale la pena soñar y de que todo lo que anhelamos se puede hacer realidad.

Cuando tenga hijos espero enseñarles los saberes ancestrales que me han sido legados, porque pienso que, desde la educación que se les brinde, se puede también contribuir a la protección de un territorio. Enseñarles del sentido de pertenencia, el amor y el significado que tiene nuestra selva, nuestro río y toda la sabiduría que alberga la Amazonía colombiana y que, a pesar de que no aprendí la lengua de mi madre, que hace parte también de mi identidad como tikuna, yo pueda transmitir todo el conocimiento de mi cultura a mis hijos, porque, más que lo material, lo que puede salvar a este mundo es el saber ancestral, la sabiduría y la vida espiritual. Sé que eso no solo los convertirá en buenas personas, sino también en guardianes de la madre tierra.

“En Macedonia la vida tiene mayor intensidad”²⁴

Los senderos, las aves endémicas, el mojoyoy tostado a las 12 del día, los cantos típicos de la comunidad, la maloca, los habitantes y la mística indígena que nos habita y nos conforma hacen que Macedonia sea un espacio de interés para todos los que nos visitan; pero también hacen que sea el lugar en el que la vida se siente con mayor intensidad; el aire es más puro y la existencia fluye dejando de lado los apuros constantes que predominan en otros territorios y ciudades del país.

Nací en Macedonia, comunidad que está ubicada a una hora de Leticia, sobre el río Amazonas. Somos aproximadamente 800 habitantes los que aquí hemos nacido y crecido en simbiosis con la naturaleza. Nosotros, con las artesanías y el conocimiento ancestral, hemos aportado a turistas que vienen de muchos lugares del mundo, pero, sobre todo, nos hemos amparado y exiliado entre árboles y corrientes amazónicas que nos reciben y nos adoptan cuando nadie más lo ha hecho, pues también hemos sufrido del olvido y la ausencia del Gobierno, que, en ocasiones, pasan como desapercibida nuestra existencia.

Macedonia, la tierra que me vio nacer, es un lugar en el que raramente hay problemas; uno respira aire fresco y puedo decir que tengo algunos parceritos. Cuando era niño jugábamos fútbol, microfútbol y también la tiene²⁵. No me veo viviendo toda la vida en Macedonia, pero sí en Amazonas, y una de las cosas que yo quiero aprender, es a hablar tikuna, ya que no me lo enseñaron. Mi papá lo habla, pero mi mamá no; uno poco a poco va perdiendo cositas de su cultura, como, por ejemplo, la lengua.

La artesanía es el oficio más común en Macedonia. Se trabaja la madera de palo sangre²⁶ y se utiliza machete o cuchillo para tallarla. También se elaboran piezas con la corteza de la yanchama²⁷ o la tejeduría en chambira²⁸.

²⁴ Kevin Peña. Nació en 2004 en Macedonia, Amazonas. Tiene 19 años y actualmente presta servicio militar en Leticia. Hace parte de la comunidad tikuna y su mayor sueño es ser piloto de la Fuerza Aérea, ayudar a su familia y sacar adelante a su hija, Aliana Ilé. Le gusta el vallenato del Binomio de Oro, el microfútbol y la pesca. Aunque quiere conocer muchos lugares del país y del mundo, no se ve a sí mismo viviendo en otro lugar que no sea Amazonas.

²⁵ Juego que también es conocido como la *lleva* o *cogidas*. Consiste en que la persona elegida por el grupo debe intentar agarrar a otra exclamando: “¡Cogído!”, o “¡La tiene!” o “¡La lleval”, y este ahora es quien va por los demás. Gana quien no se deje coger o agarrar durante el juego

²⁶ Árbol nativo de América del Sur, y cuya corteza es castaña y fibrosa. Se encuentra a lo largo de la cuenca amazónica de Colombia, Perú, Brasil, Surinam y Guyana. Los tikunas utilizan la raspadura de la corteza para aliviar los dolores menstruales y los dolores posparto (Colombia co, 2019).

²⁷ Árbol del cual se extrae la corteza para la elaboración de diferentes productos como cobijas, máscaras de baile o vestuarios ceremoniales en las comunidades indígenas (Wine, 2002).

²⁸ Es una de las especies de palmas más importantes para las comunidades indígenas de Amazonas. Su fruto es comestible y sus fibras se utilizan para la elaboración de hamacas, mochilas y redes para la pesca, entre otros (Enciclopedia Amazónica, 2023).

Cuando uno es criado en medio de la naturaleza, la pesca y la agricultura son oficios que uno aprende desde los 6 años, más o menos. Papá siempre fue enfático cuando me decía:

—Aprenda, mijo, porque de esto usted va a vivir. Este va a ser su sustento en el futuro.

Y aunque de niño me dediqué a jugar con mis hermanos y con otros niños de la comunidad, siempre estuvieron de por medio las tareas de pesca y agricultura; Pescaba en el río, con mi mamá y mis abuelos, y también trabajaba en la chagra con mis papás: cultivábamos plátano o yuca. Con mis abuelos, quienes, afortunadamente, todavía viven, también pasábamos las tardes pescando o trabajando la tierra. Ellos son de Puerto Nariño, el segundo municipio de Amazonas, que se ubica a orillas del río Loretoyaco.

Mis abuelos y padres me enseñaron también sobre las plantas medicinales, los árboles maderables y la abundancia de peces cuando es invierno, porque muchos de ellos emigran desde lo profundo de la selva hacia los ríos y las cuencas, proceso que se conoce como mijano²⁹. Entonces las personas salen a tirar las mallas para coger pescados. Así mismo, me enseñaron la época perfecta para encontrar los huevos de las tortugas.

De mi niñez también recuerdo que cursé mi primaria en la escuela de Macedonia, que se llama Francisco de Orellana. De ahí mi mamá me llevó para Leticia, a estudiar en el colegio San Juan Bosco, y luego me pasaron para el INEM José Eustasio Rivera, en donde estaba cursando grado noveno, pero luego llegó la pandemia, dejé de estudiar y me fui para el Ejército.

Hablar de Amazonas o definir la Amazonía es una tarea difícil e imprecisa. Amazonas es sinónimo de vida. No hay otro lugar del mundo en el que quiera vivir o morir; quiero estar aquí el resto de mi vida, porque crecer con la naturaleza, perderme entre ella y habitarla hacen que me sea difícil comprender otra forma de vida.

Tengo 19 años, y desde niño les decía a mis padres que quería prestar el servicio militar. Anhelaba tener los 18 años para aventurarme en esta experiencia y saber realmente lo que significaba ser un soldado del Ejército Nacional. Mi papá, Jesús Esteban, siempre se ha dedicado a la elaboración de artesanías. Él pensó que todos nosotros —mis hermanos y yo— tal vez íbamos a seguir sus pasos, pero, en mi caso, yo quería convertirme en soldado. Finalmente, mis padres me

²⁹ Es conocido como el proceso en el que los peces emigran de la selva en grandes cantidades hacia las cuencas y los ríos. Esto ocurre casi siempre durante la época de sequía, entre mayo y octubre (Universidad Nacional Agraria de la Selva, 2021).

apoyaron. Me faltan cinco meses para terminar de prestar servicio, y mi anhelo es seguir la carrera como soldado profesional.

En el Ejército he aprendido muchas cosas en torno a la disciplina, la actividad física, la fuerza de la mente y también he aprendido a convivir con personas diferentes a mi familia. Siento que todo esto ha sido necesario para la vida, porque uno debe ser tolerante y aprender a manejar el conflicto en donde quiera que esté. Entonces, creo que este aprendizaje es valioso para mí.

Mi anhelo más grande es lograr llegar algún día a hacer parte de la Fuerza Aérea, como piloto. Mientras tanto, haré el esfuerzo de seguir con mi carrera como soldado profesional y ayudar a mi familia, mantener la unidad y estar siempre para ellos, que mis padres se sientan orgullosos de lo que yo soy y poder seguir adelante. Es un camino largo y todo es incierto, pero, como dice el dicho, *soñar no cuesta nada*.

Por ahora y en un futuro cercano, lo que quiero es que mi madre se sienta orgullosa con mis decisiones y pueda tener un mejor futuro, y que, si el día de mañana se llega a enfermar o quiere descansar, yo pueda ser su proveedor y ayudarla. Ella, como todas las mujeres de mi comunidad, desde niña ha sido una guerrera, porque trabajaba en la chagra, pescaba, ayudaba con los quehaceres del día a día, elaboraba artesanías y también disfrutaba poder transmitir todo el conocimiento, la identidad y las raíces del pueblo tikuna a los turistas. Virtuosa y valiente como ninguna, ha representado para mí la máxima expresión del amor genuino: infinito e inquebrantable. Sus ojos negros agrandados, su melena azabache lacia y espesa, su hermosa sonrisa, sus manos nutridas de vida y sus pies tallados por la tierra han sido el motor de mis seis hermanos y el mío para avanzar en este mundo. Su nombre es Manuela.

Mi madre es el ser que yo más amo en este mundo. Su energía femenina me ha dado refugio y fortaleza cuando más lo he necesitado. Ella siempre ha estado conmigo: en las buenas y en las malas; es una mujer luchadora y guerrera, la fortaleza es su corona y el amor, su vestido. No hay otra como ella. A mi papá quiero mejorarle sus condiciones para la artesanía; quizás, comprarle aparatos más avanzados que le ayuden y no lo desgasten tanto. Igualmente, a mis hermanos, porque quiero que a todos les vaya bien.

Mi hija, que es lo más preciado de este mundo, me da motivación y fuerza para lograr cada día lo que me propongo y espero que algún día pueda entender todo lo que estoy haciendo por ella, por nosotros. Los hijos son la continuación de nuestros sueños.

Lo que aprendí con Canserbero³⁰

Es viernes. Despierto en medio del sonido de las aves y el movimiento pausado de las copas de los árboles. Estoy descalzo, camino hacia la puerta de la habitación y hallo a mi hermano sentado en el piso, con una pantaloneta azul y sin camisa, casi hipnotizado viendo su celular.

Me acerco con temor de que me apartara de su lado; no le gustaba que me entrometiera en sus cosas:

—Pille este tema. —Acercó el celular hacia mí. Me acurruqué descalzo a su lado, me sentí ligero y con la respiración entrecortada al ver al que se convertiría entonces en mi cantante favorito.

*Hoy tengo ganas de hacer la mejor canción del mundo
Que sea traducida, la entiendan en todo el mundo
Quiero que por segundos la gente compruebe
Que el mundo puede cambiar al luchar por lo que se quiere, si.*

Retumbaban en mi cabeza, una a una, las líneas de Canserbero³¹, quien, desde entonces, me hacía reflexionar sobre la vida y pensar en cosas que antes no había pensado. Desde que mi hermano me lo presentó, aquella mañana de viernes, he descargado sus canciones y he construido mis propias listas de reproducción. También me gusta Eminem, y aunque no sé inglés, siento que es la música con la que me identifico.

Los tikuna tenemos música típica como parte de la tradición, que, como decimos nosotros, “nos ponen a mover la cintura”. Esta se interpreta con instrumentos musicales únicos, como, por ejemplo, el cascabel³², la bocina³³, el tambor y los caparzones de tortugas. Esta música es tradicional y también me gusta.

Yo nací en Puerto Nariño, el segundo municipio de Amazonas. Por ser considerado territorio sostenible, no está permitida la circulación de carros; nosotros siempre andamos a pie o en bicicleta. Solamente entra la ambulancia y el camión

³⁰ Jack Robert Falcón. Nació en Puerto Nariño, Amazonas, en 2004. Le gusta jugar baloncesto y escuchar las canciones de Canserbero. Sueña con aprender a motilar, ser barbero y tener un negocio propio, en el que pueda poner esto en práctica. Su familia es lo más importante para él.

³¹ Tirone José González Orama, conocido como Canserbero, fue un rapero y compositor venezolano, catalogado como uno de los intérpretes más importantes del rap independiente. Murió en Venezuela el 20 de enero de 2015, a sus 28 años. Aquí, una de sus canciones: https://www.youtube.com/watch?v=mP7huH_oKpc

³² Instrumento fabricado por los tikuna con pepas entrecocidas, y que emite un sonido a golpe fino y nítido (Ivoox, 2017).

³³ La bocina es un instrumento de viento construido por los tikuna con madera y troncos de árbol. Aquí, una canción de la comunidad tikuna: https://www.ivoox.com/musica-etnia-tikuna-audios-mp3_rf_20331016_1.html

de basura. Es un lugar tranquilo, y es curioso por su arquitectura; muchas de las casas ubicadas a la orilla del río están construidas a mayor altura que todas las demás, para que, en tiempos de lluvia, si el río crece, no se inundan.

Lo que más me gusta de Puerto Nariño son sus paisajes como lienzo. Disfruto ver los atardeceres a la orilla del río y mientras anochece, voy escuchando a Canserbero: *“él, dijo el comentario de las estrellas, de la naturaleza y de la luna, dijo que hay cosas bellas que aprecia mejor ahora”*.

Yo no he salido nunca de Amazonas para afirmar que viviría en otro lugar de Colombia o del mundo, o para decir que hay pasajes más bellos que los de aquí, pero yo siento que la calma, la energía, la tranquilidad que ofrece el Amazonas es única e inigualable porque es el pulmón del mundo.

A los turistas, por ejemplo, les gusta mucho venir aquí, porque encuentran una mística y una experiencia diferente; o por lo menos, eso es lo que dicen siempre que vienen. Puerto Nariño es un territorio de paz, de tranquilidad, de mucha calma; he sabido, por algunos compañeros con los que presto servicio militar, que en otros lugares del país —sobre todo, en las ciudades más grandes— la vida no es así: que es estresante y caótica, pero, sobre todo, que hay lugares muy peligrosos. Sin embargo, a mí me gustaría conocer otras partes de Colombia, como Bogotá, Medellín y Barranquilla.

Antes de prestar el servicio, yo trabajé como jornalero en algunas fincas. Me iba bien y los fines de semana era el tiempo para dedicar a mi familia. Me faltó un grado para terminar el colegio, pero tomé la decisión de irme para el Ejército. Debo decir que los primeros 3 meses no fueron sencillos para mí, porque uno viene acostumbrado a otra forma de vida y a otra cultura. Los tikuna³⁴ tenemos costumbres y formas de vida que hemos heredado de nuestros antepasados. Sin embargo, yo no sé hablar en tikuna; mis papás saben, pero yo no. Esto es muy común aquí: que los jóvenes no sepamos la lengua de nuestros padres.

Al llegar al Ejército me tuve que acostumbrar a madrugar, a tener disciplina, hacer actividad física y, también, a hacer aseo (lo que no hacía en mi casa). Lo más doloroso que me ha pasado en la vida fue haber dejado de ver a mi familia durante seis meses. Me invadía la nostalgia, pero al momento de volver a verlos sentía que me amaban más que antes. Yo siento que conmigo se pasan, porque cada vez que nos vemos me tratan mejor que la última vez. La familia es mi motor, y yo creo

³⁴ Comunidad indígena que se vive al sur de la Amazonía. Se distingue de otras comunidades porque sus miembros acostumbran pintar su cuerpo de negro con un tinte natural que extraen del árbol de la genipa, una especia exótica típica de esta región.

que esto también lo hago por ellos, porque quiero que se sientan orgullosos de mí y ayudarlos.

Estar en el Ejército me ha ayudado a tener claros mis propósitos y siempre enfocarme en un objetivo, en una meta. Cuando salga de aquí, por ejemplo, yo quiero estudiar para ser barbero, quiero motilar y tener mi propio negocio. Mi mamá me ha sacado adelante con amor y consejos que me han servido siempre, y yo quiero tenerla bien, apoyarla y estar ahí para ella, para mi padre y mis hermanos.

Como seres humanos, siempre tendremos el anhelo de tener una vida tranquila, una vida normal en la que no nos sintamos acorralados, inseguros o en peligro, pero la guerra es todo lo contrario a esto. La guerra parece siempre triunfar, y por eso yo no quiero, ni me veo como soldado toda la vida; es una decisión muy importante, pero, por ahora, yo prefiero estar cerca de mi familia, tener mi negocio propio, a futuro construir una familia y tratar de construir paz, aunque sea en mi hogar; por eso también me es difícil imaginarme fuera de Amazonas. Puedo asegurar que, por muchas de las letras de Canserbero, quiero tomar un camino diferente a la guerra:

*Me concentro y veo que una guerra está germinando
Pueblos asesinados y surgiendo otro asesino al mando
El llanto reina y el mañana es rojo
Y me preocupo al pensar qué verán mis hijos al abrir los ojos.
Y el corazón tucun tucán y las balas pacan pacán.*

Sin embargo, puedo asegurar que otra de las cosas importantes de mi vida es el significado que tiene para mí estar en el Ejército. Pienso en que ha sido un cambio positivo en mi forma de ser, en mis hábitos y mi disciplina; no me arrepiento y me siento feliz de todo lo que he aprendido al convertirme en soldado, pero quisiera cumplir mi sueño de ser barbero.

Al prestar el servicio militar uno deja de ser un tikuna normal y se convierte en un hombre tikuna con pixelado, botas militares y gorra. Se refleja algo diferente a lo que se reflejaba antes sin el uniforme. Pero el hecho de portar el apellido en la guerrera todos los días, hace que uno siempre recuerde quién es, de dónde viene, cuáles son sus raíces. Prestando servicio se conocen muchos compañeros cursos³⁵, de los que se aprende todos los días, porque es una convivencia. Uno adapta una nueva forma de vida, nuevos hábitos.

³⁵ Palabra de la jerga militar para referirse al compañero, al amigo o al par que está en una misma condición en grado y posición.

La experiencia de ser militar me ha hecho mejor, porque uno a veces, como joven, no tiene aspiraciones o no tiene mucha claridad de lo que quiere hacer en su futuro ni en su vida: *"hace falta leer y usar cuadernos y reconocer que la juventud no es un don eterno"*.

Entonces, salir de la comunidad para ingresar al Ejército es también aprender cosas diferentes, cosas que quizá no se han hecho nunca en la vida. Yo creo que eso también depende del territorio, porque si me hubieran enviado lejos de aquí, tal vez hubiera sido muy difícil para mí; pero al estar aquí mismo, en Amazonas, lugar en el que habita mi familia, las cosas son más fáciles de asimilar y esto me ha permitido avanzar.

Y como dice Canserbero: *"El tiempo pasará, nuevas guerras empezarán, la felicidad llegará y con lágrimas terminará"*. Yo espero que la felicidad nos llegue a todos, porque finalmente es lo que todos anhelamos: ser felices.

Referencias

- BBC News Mundo. (2022). *El lado oscuro del asaí, la exótica fruta amazónica de moda por su alto valor nutritivo*. <https://tinyurl.com/2vxjpbkf>
- Bienestar. (2013). *Aguaje: un tesoro del Amazonas*. <https://www.univision.com/estilo-de-vida/bienestar/aguaje-un-tesoro-del-amazonas>
- Colombia.co. (2019). *Comunidad de Macedonia*. <https://colombia.travel/es/amazonas/comunidad-de-macedonia>
- Gaia Amazonas. (2023). *Amazonía Colombiana*. <https://www.gaiaamazonas.org/lamazoniaenmapas/13/>
- Putumayo, Diversidad nuestra riqueza. (s.f.). *Guama "Inga edulis"*. <https://putumayo.travel/es/sobre-putumayo/guama-inga-edulis>
- Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte. (2022). *La rayuela o golosa*. <http://tinyurl.com/2vjwrhvh>
- Wine Franco, J. (2002). *Etnobotánica de la Yanchama (Picus spp: MORACEAE) Amazonas, Colombia* [Trabajo de grado]. Pontificia Universidad Javeriana.
- Sistema de Información sobre Biodiversidad en Colombia (SIB). (s.f.). *Catálogo de la biodiversidad*. <https://catalogo.biodiversidad.co/>
- Vargas, K. (2015, 25 de agosto). *La pomarrosa, una fruta especial*. <https://elcampesino.co/la-pomarrosa-una-fruta-especial/>

Epílogo

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Escuela de Armas Combinadas del Ejército

La palabra invocada y evocada significa vida; se explora y ocupa todo el espacio. Cuando cuenta, recrea un instante y un recuerdo. La palabra convertida en relato rodea y condensa la cadena de memorias que hoy ocupan este espacio blanquecino.

Los recuerdos de los soldados regulares y profesionales engranaron historias que a través de este libro se han podido dar a conocer. Sus voces aquí plasmadas permiten comprender un poco la subjetividad de los hombres que van a la guerra, pero también, la de los seres humanos que habitan el pixelado.

Y es que “los recuerdos no son un relato apasionado o impasible de la realidad desaparecida, son el renacimiento del pasado, cuando el tiempo vuelve a suceder” (Aléxievich, 2013). Recordar es la licencia de la palabra en busca de formas luminosas transitando en las bocas de quienes las oyeron antes y ahora también las pronuncian. Por ello, *Relatos y Píxeles* es un conjunto de narrativas que se alimenta del recuerdo, que permite la enunciación de las identidades y da cuenta de ese retornar al pasado, desde la constitución de un yo, que narra y está permeado por el juego subjetivo de sus protagonistas. Además, da cuenta de una experiencia que se transmite a partir del relato (Sepúlveda, 2015), los diversos focos de enunciación y como un ejercicio de memoria colectiva.

Y es que el interés en darles espacio a las voces de los soldados devela que muchas de sus memorias y recuerdos tienen que ver con nosotros, con todos los colombianos, que desconocemos, quizá, en cierta medida, las interacciones y conocimientos que estos tienen del territorio, entendiendo que la mayor parte del tiempo que ellos pasan internados en la selva no es en combate: es conviviendo con el territorio. Y si bien existen algunos documentos que han buscado mostrar desde distintos focos las experiencias de los militares, la mayoría apelan por oficiales y suboficiales y cuentan con un tratamiento y análisis por parte del autor o

investigador, pero aquí la voz de ellos es la que forma caminos de significados y sentidos; son ellos tomando el mando de sus palabras, siendo espejos.

Entre tanto, si se pretende promover desde las políticas públicas o la academia la construcción social, la inclusión y la memoria colectiva, las voces de todos son importantes para el papel en blanco, que no excluye y, en cambio, posibilita dar retrato a lo que somos como sujetos y como sociedad. Y aquí, en esta indagación, las voces de los soldados lo fueron todo.

Por ello, vale la pena extender una invitación a futuros lectores e investigadores a continuar explorando el relato como herramienta de construcción de memoria que, además, posibilite un tejido y construcción social en el que las voces de todos importen, tengan lugar y propicien una reconciliación, porque, en definitiva, "somos gente de camino y conversaciones" (Aléxievich, 2013) y las experiencias aquí compartidas permiten comprender la forma como los protagonistas entienden la vida y, también, la muerte. Y si bien, como ya se mencionó, este libro no pretende justificar o juzgar las acciones de sus protagonistas, seguramente sí se trata de un espacio de paz, en el que pudieron tener visibilidad y en el cual fueron recibidos sin prejuicios.

Entre tanto, aún queda mucho camino por recorrer, muchas más páginas por escribir y muchas investigaciones que puedan dejar como resultado una aproximación a la construcción de memoria histórica y colectiva sobre los hombres que van a la guerra, sus subjetividades y todas las múltiples aristas que esto significa para un país como el nuestro.

Referencias

- Aléxievich, S. (2013). *La guerra no tiene rostro de mujer*. (Dobrovolskaia & García, Trad.) Penguin Random House Grupo Editorial. S.A.U.
- Sepúlveda, A. (2015). Memoria y subjetividad: una relación discontinua entre narrativa y temporalidad para la enunciación del sujeto colectivo. *Mediaciones* 11(15), 46-58. <https://doi.org/10.26620/uniminuto.mediaciones.11.15.2015.46-58>

Glosario*

Atalajar: Acción y efecto de regañar, llamar la atención o llamar al orden.

Cacao: Persona experta en algo o que tiene dominio y conocimiento en algo específico.

Chagra: Espacio sagrado para los indígenas que funciona como escuela de saberes autóctonos para niños y jóvenes. Lugar en el que se siembra y es considerada fuente de alimento (Gaia Amazonas, 2023).

Dragoneante: Soldado destacado, que obtiene un mando sobre los otros soldados de su misma o inferior antigüedad, tras un entrenamiento especial.

El escondido: Juego que se conoce en otras regiones como “las escondidas”, y que consiste en lograr buenos escondites para que la persona que está encargada de buscar no los encuentre tan fácil; quien no se deje encontrar gana y *salva patria*. Ese es el sentido del juego: no dejarse agarrar.

Escuadra: Pequeña fracción de una unidad militar, conformada normalmente por dos o más equipos bajo el mando de un jefe, con capacidades y características diferenciadas (Ministerio de Defensa, 2023).

Garrita: Compañero, amigo, ese que está en las buenas y en las malas o el mejor amigo que se pueda tener. El que *no lo deja morir*.

Guerrera: Prenda de botones pixelada que hace parte del uniforme militar.

* La presente compilación refiere a palabras que se repiten en diversas ocasiones dentro de los relatos, y muchas de estas corresponden a expresiones propias de los militares en su uso social y cotidiano del lenguaje. Palabras a través de las cuales también definen la realidad y el mundo.

Jugar a la yuca: Juego que se da en La Guajira entre los niños de la costa, y también, de la comunidad indígena wayúu, y que consiste en que uno de los jugadores se agarra del poste o del tronco —generalmente, el más grande—, y luego, en orden hasta el más pequeño, pueden ser 7 u 8, o hasta 10 en fila, haciendo cola; luego empiezan a *arrancar la yuca*, que se trata del último integrante de la fila, a quien se trata de desprender por la cintura de su compañero. El sentido del juego es no dejarse sacar de la fila.

Jugar a la lleva: Juego similar a “las cogidas”, y el cual consiste en que uno de los jugadores, que es quien *la lleva*, deberá correr y perseguir a los demás niños con el fin de liberarse y pasar a otro compañero la lleva.

Lanza: amigo, colega, compañero.

Maloca: Morada en el sentido más amplio de la palabra: un templo, un modelo del cosmos, una expresión física del conocimiento para permitir que la comunidad viva en armonía con la naturaleza. La maloca es una herramienta primordial en el desarrollo de la tarea de cuidar del mundo y asegurarse de que este no se deteriore (Gaia Amazonas, 2023).

Moral del soldado: Ganas, actitud y disposición para realizar o cumplir una orden; si la moral falla, la orden no se cumple de la mejor manera.

Tikuna: Comunidad indígena que se ubica al sur de la Amazonía. Se distinguen de otras comunidades porque acostumbran a pintar su cuerpo de negro, con un tinte natural que extraen del árbol de la genipa, una especie exótica típica de esta región.

Voltear: Acción y efecto de realizar mucha actividad física.

Wayúu o guajiros: Comunidad indígena que se encuentra asentada en la península de La Guajira y en el estado venezolano de Zulia, donde viven en familias, clanes o comunidades, y cuya lengua nativa es el wayuunaiki. Se dedican al pastoreo, la siembra de café, yuca, plátano y maíz (Ministerio de Cultura de Colombia, 2018). El pueblo wayúu es conocido históricamente como ‘La gente del Sol, la arena y el viento’. Son grandes artesanos y comerciantes, han sido luchadores

por sus derechos y durante muchos años han trabajado por defenderse contra las adversidades naturales de la región, la discriminación, el racismo, la marginación y la violencia.

Wayuunaiki: Lengua materna del pueblo wayúu, que cuenta con aproximadamente 400.000 hablantes. Se constituye en la lengua indígena del país con mayor número de hablantes. Para los wayúu, la palabra es la ley y el símbolo de la dignidad de los hombres de bien, del espíritu de ser wayúu (Polo, 2018, p. 57).

Referencias

Gaia Amazonas. (2023). *Amazonía Colombiana*. <https://www.gaiaamazonas.org/lamazoniaenmapas/13/>

Ministerio de Cultura de Colombia. (2018). *Pueblo Wayúu*. <https://tinyurl.com/3puu3yjm>

Polo, N. (2018). *El sistema normativo Wayúu. Módulo Intercultural*. Universidad Sergio Arboleda. <https://tinyurl.com/mrytucr8>



EDITORIAL **ESDEG**

Relatos y pixeles

Memorias de soldados detrás del uniforme

La palabra invocada y evocada significa viva, se explaye y ocupa todo el espacio. Cuando cuenta, recrea un instante y un recuerdo. La palabra convertida en relato rodea y condensa la cadena de memorias que hoy ocupan este espacio blanquecino. Los recuerdos de los soldados regulares y profesionales engranaron historias que se dan a conocer a través de este libro. Sus voces aquí plasmadas permiten comprender un poco la subjetividad de los hombres que van a la guerra, pero también de los seres humanos que habitan tras el pixelado.

Este libro permite, a través del relato, hacer un recorrido por las memorias de diez soldados regulares y profesionales del Ejército Nacional —algunos de ellos pertenecientes a comunidades indígenas— resultado del trabajo de campo realizado en Guajira y Amazonas, en donde el territorio, las comunidades, el legado ancestral, la identidad, el servicio militar, la familia y la experiencia, así como las memorias de violencia y guerra, se presentan como escenarios en movimiento que atraviesan sus enunciaciones. Es la posibilidad además de existir en otros lugares y tiempos inciertos a través de la esperanza y la vinculación de los sueños a las realidades intrínsecas de cada uno de los protagonistas y como la oportunidad de considerar sus voces como parte vital dentro de una construcción de paz.



ISBN 978-628-7602-65-6

